

– Fragmento –

Mujeres con cerebro

Herman Brusselmans

Género: Ficción • Título original: Vrouwen met een IQ

Copyright © 1995 Herman Brusselmans



Editorial: Prometheus

Herengracht 507, 1017 BV Amsterdam, Países Bajos

Teléfono +31 20 624 19 34 • Fax +31 20 622 54 61

E-mail: pbo@pbo.nl

www.pbo.nl

Subvenciones para la publicación de esta obra en España:

Fundación para la Producción y Traducción de Literatura Neerlandesa

www.nlpvf.nl

Fragmento traducido al castellano por: Gonzalo Fernández

Copyright © de la traducción Gonzalo Fernández 2004

E-mail: gonzalofernandez.es@gmail.com

www.gonzalofernandez.es

Mujeres con cerebro

Herman Brusselmans

www.gonzalofernandez.es

Tabla de contenidos

Traducción

Ghia (prólogo)	3
Evas	4
Fotógrafa	17

Texto original

Ghia (proloog)	28
Eva's	29
Fotografe	42

Ghia (prólogo)

Casi nunca voy a los sitios de moda. Excepto a los restaurantes. A fin de cuentas las personas tenemos que comer. Pero las discotecas, clubs, cafés, bares, festivales para masas y garitos *in*, los evito como a la peste. Aunque sé muy bien cuales son, por supuesto. Estoy al corriente. Hoy me dirijo, a pesar de todo, al 2002, un... cómo lo llamaría... un *local* donde actualmente (este mes, digamos) se da cita la flor y nata de la ciudad. Paso por delante del vigilante y entro en el inmenso parking. Deben haber cerca de cinco mil Kharmann Ghias allí aparcados. ¿Por qué no arrancar aquí o allá una antena, romper un retrovisor, hacer una abolladura o un rayajo? No. Si una cosa así te produce algún tipo de satisfacción, no eres más que un perfecto idiota. Además, no sé –evidentemente– de quién es cada coche. Podría perjudicar a algún *inocente*. Claro que, por otra parte, a quien conduce un Kharmann Ghia se le puede considerar por definición *culpable*. ¿Y puedes creer que he vuelto a olvidar de qué color es el Kharmann de Eva, por nombrar a alguien? Primero tenía uno verde, luego uno azul, o al revés. Incluso puede que ahora tenga otro. Madre mía, que pasaría si el Kharmann Ghia perdiera su status. El oro se convertiría en hojalata; lo imprescindible en innecesario. Qué digo innecesario. En muy poco tiempo el Kharmann Ghia pasaría a ser algo en cuya proximidad más valdría no ser visto, pues serías objeto de escarnio. Escarnio y mofa. Escarnio, mofa y odio. Y lo que es peor: caras de espanto, miradas compasivas y un susurro: ‘Un Kharmann Ghia, ¿cómo es posible? ¿En *estos tiempos!*?’

Estos tiempos... ¿y qué tiempos son estos? Finales del siglo XX, abril de 1995, esos son estos tiempos. Danos un año más y los habremos olvidado. Son tiempos de nada, tiempos sin ningún valor, tiempos sin significado y sin símbolos. Tiempos como todos los tiempos.

Evas

Eva llama por teléfono. Dice que tiene que anular nuestra cita y yo le digo que no hay problema. Por lo demás no decimos nada, y colgamos. Poco después vuelve a llamar para decir que sí, que sí queda conmigo, a condición de que su mejor amiga también pueda venir. Le digo que vale, y le pregunto: ‘¿Quién es tu mejor amiga?’

‘No la conoces,’ dice, ‘yo misma la conozco desde hace nada.’

‘Vaya. Por eso. Comprendo.’

‘¿A las ocho?’ pregunta.

‘Vale, a las ocho. Hasta luego entonces.’

‘Ven en taxi,’ dice.

‘Ya veremos,’ digo yo. Colgamos.

Algo le falla a la nevera de la cocina. El motor no se detiene a intervalos como debería, y se me ocurre, de repente, que incluso es posible que la lucecita interior siga encendida cuando la puerta está cerrada. Recuerdo haber oído alguna vez en boca de alguien que hay una manera de comprobarlo. O lo habré leído en algún sitio. Algún libro lleno de mitos.

Hace no mucho (¿dos semanas? ¿un mes?) se intentó suicidar la anterior mejor amiga de Eva. No sé si ella tuvo algo que ver con esto, pero no me sorprendería. Fue un intento baldío. La chica se tomó las pastillas equivocadas. Las flojas en vez de las fuertes o algo así. Le debió parecer demasiada molestia leer el prospecto antes de suicidarse.

Después del intento de suicidio, Eva rompió la amistad con ella. No quería tener amigas que han intentado suicidarse pero han sobrevivido. Según Eva ese tipo de personas luego no quieren hablar más que sobre su intento de suicidio, y eso me pone de los nervios, dice, que algunas personas no paren de rajar sobre el mismo tema.

El año pasado, Eva rompió la amistad con su madre porque ésta no paraba de rajar sobre su enfermedad. Tenía cáncer. Ahora está curada y Eva quiere restablecer la amistad con ella, pero su madre ya no quiere.

Algunos días Eva no habla de otra cosa. Le parece muy estúpido y egoísta por parte de su madre que no quiera volver a ser su amiga a pesar de estar completamente curada.

Abro la nevera y la vuelvo a cerrar lentamente; justo antes de que la puerta quede cerrada por completo intento comprobar si la luz sigue encendida, pero no lo consigo.

Me voy a la planta de arriba y lleno tres cuartas partes de la bañera. Ya había tomado un baño a mediodía, pero decido darme otro.

Mientras estoy en el agua escucho 'Drive' de REM, que he grabado nueve veces seguidas en una de las caras de una cassette. En la otra cara tengo diez veces 'Every Day Is Like Sunday' de Morrissey, que es un poco más corta que 'Drive'.

Suena el teléfono en la planta de abajo y 'Drive' no está a mucho volumen, de modo que puedo oír cómo alguien, una mujer, deja un mensaje en el contestador, aunque no puedo entender lo que dice. Tampoco distingo la voz. Quizá sea Eva. Nunca puedo recordar durante mucho tiempo la voz de Eva. No más de tres cuartos de hora, una hora. Pero espero que fuera su voz y que haya cancelado la cita. Porque su nueva amiga se ha intentado suicidar. Porque su madre tiene otra vez cáncer. Porque se ha roto una uña. Yo qué sé. Porque *ella misma* se ha suicidado. Porque no quiere cargar toda la noche con alguien que no para de rajar sobre la nevera de su cocina, que no funciona como es debido (aunque no pensaba decir una palabra sobre el asunto).

Antes solía fumar en la bañera, pero una vez se me calló el cigarrillo de las manos y me quemé la pierna, *debajo del agua*. Desde entonces no he vuelto a fumar mientras me baño. En realidad es una decisión bastante estúpida. No puedo imaginar que alguien –yo– se quemara la pierna bajo el agua *dos veces* en su vida. De todas formas, no volver a fumar en la bañera tampoco es una catástrofe. Creo que podré vivir con ello.

En otra ocasión estaba en la bañera con Eva y ella se quedó dormida. Le metí la cabeza bajo el agua y me sorprendió lo mucho que tardó en despertar. Yo pensé que se despertaría al instante, pero no, pasaron por lo menos... diez segundos o algo así.

Salgo del agua y me seco mientras escucho 'Drive' por séptima vez. Me pregunto si debería afeitarme o no. Este mediodía, después del primer baño, no me he afeitado. No me apetece afeitarme.

Tampoco me apetece vestirme, y sin embargo lo hago. Gayumbos de 'It's a Man's World', calcetines de no sé qué marca –¿por qué no *sin* marca?– y camisa y vaqueros de 'Guess?', porque el grupo en el que toco la batería está patrocinado por 'Guess?'.

En tales casos, siempre hay en este tipo de grupos algún gilipollas que se niega a vestir con ropa del patrocinador y en el nuestro es el bajista, que por lo demás también es un ser insoportable. Un excelente bajista, pero su insistencia en no utilizar 'Guess?' durante las sesiones de fotos y los conciertos acabará tarde o temprano con su carrera. No puede ser de otra forma.

La nevera de mi dormitorio parece estar bien. Me siento al borde de la cama y fumo un cigarrillo. Cuando termino, vacío el cenicero en una caja de plástico que tengo en el pequeño congelador de la nevera. Sin la colilla. Sólo la ceniza. La colilla la tiro por la ventana al jardín de los vecinos, que están de vacaciones.

Hace ya algún tiempo que colecciono ceniza ultracongelada. Ya tengo dos cajas llenas y una tercera a medio llenar. La ceniza congelada es una sustancia curiosa. A veces paso una hora mirando una de las cajas abierta sin aburrirme. La ceniza se descongela relativamente despacio, lo cual me parece un aspecto positivo.

En el cuarto de baño le doy la vuelta a la cassette y escucho tres veces 'Every Day Is Like Sunday' mientras me miro en silencio en el espejo. Después vuelvo al piso de abajo y pongo el CD *Viva Hate*, del cual escucho exclusivamente 'Every Day Is Like Sunday' –cuatro veces seguidas, dos con auriculares y dos sin auriculares– al tiempo que observo el centelleo de las luces del equipo de música desde mi sillón.

Después pongo *Monster* de REM, aunque lo que se dice escuchar no escucho, porque he dejado el volumen muy bajo, entre el 1 y el 2.

Rebobino la cinta del contestador. No era Eva quien llamaba, sino Ilse, la mujer del guitarrista de mi grupo. Me pregunta si he visto hoy a Rik –así se llama el guitarrista– y me pide que la llame si así fuera para decirle dónde para.

Hoy no he visto a Rik, así que no tengo ningún motivo para llamar a Ilse.

Ilse no sabe que Rik tiene un rollo con una chica que vive cerca del Kinépolis. Una chica que

también se llama Ilse. Se trata de una pequeña estratagema de Rik para no equivocarse nunca de nombre en casa. Cuando le pregunté si durante el resto de su vida sólo tendría relaciones extramatrimoniales con chicas que se llamaran Ilse, me dijo: ‘Sí.’

Son las seis. No sé si debo ir al restaurante en taxi o llevar mi moto. Eva no soporta que aparezca en los restaurantes con el casco en la mano y la cazadora de cuero puesta. Una vez fui en taxi y me llevé el casco. También llevaba la cazadora de cuero. Eva se puso de mala leche. Después de comer, cuando salimos, hice una escenita. Fingí que me habían robado la moto. Eva se lo creyó y dijo que era una lástima, pero que había sido culpa mía. Después de aquello nunca volvió a preguntar nada sobre el tema. Ni siquiera cuando al día siguiente fui a su casa en moto. Sencillamente había olvidado que me la habían robado el día anterior. Lo que nunca se le olvida es que no soporta verme aparecer en un restaurante con el casco y la cazadora.

A Eva se le puede hacer creer prácticamente cualquier cosa. Yo le he hecho creer que algunos tipos de ballena tienen patas; que el inventor del bolígrafo se llamaba Stylo; que las personas pierden el pelo a más de 180 °C; ese tipo de cosas. Se lo traga todo. No se molesta en comprobar si lo que digo es verdad o no. No se pregunta si las personas a más de 180 °C sólo pierden el pelo, o si además, por ejemplo, se *derriten*. Pero si alguien, yo o cualquier otro –si alguien entra en un café o un restaurante con un casco en la mano, ya está de mal humor para el resto del día.

Eva también cree que Egipto es una isla. Cuando se lo dije, su reacción fue: ‘¿Egipto? ¿Una isla? No lo sabía.’ No me preguntó en qué mar está Egipto. Para mí que ni siquiera se paró a pensar que una isla está por definición en algún mar; que esa es más o menos la esencia de una isla.

Eva tiene la suerte de ser increíblemente guapa. Y también tiene la suerte de que sus padres sean ricos. Antes recibía continuamente dinero de su padre y de su madre. Ahora sólo de su padre, pero ella ni lo nota. El padre le da tanto dinero que no importa que su madre le dé o le deje de dar.

Su padre es uno de los barones de la industria textil de la zona de Kortrijk. Una noche estaba en el apartamento de Eva en Gante haciendo zapping. Eva tiene una antena parabólica. Se reciben más de cien canales. En el Canal Regional de Flandes Occidental apareció de pronto su padre, y Eva dió un gritito de emoción. Le faltó muy poco para darle un beso a la pantalla del televisor. ‘Papaíto,’

gritaba todo el rato. ‘¡Lleva la corbata que le compré!’ Subí el volumen y pude escuchar al padre de Eva decir algo sobre la proximidad del final de la crisis (¿crisis? ¿qué crisis? me pregunté) y que la economía flamenca volvería a su cauce. Sin duda antes del año dos mil dos, pero probablemente antes. ‘¿Tu padre siempre dice ese tipo de tonterías?’ le pregunté a Eva. Pero ella no respondió, porque no había oído mi pregunta; no dejaba de mirar a su padre y de decir que la corbata que llevaba era un regalo suyo.

Me fumo tres cigarros, pero no congelo la ceniza. Vuelvo a poner *Monster* desde el principio, esta vez un poco más alto.

Aquella vez, aquella noche en que el padre de Eva apareció en la televisión local, le dije que el inventor de la corbata había sido un francés llamado Plastron. René Plastron. Pero ella no me prestó atención. A lo mejor se lo digo otra vez esta noche. Probablemente se lo creerá, y estoy casi seguro de que su nueva amiga también se lo tragará.

La anterior amiga de Eva, la del intento de suicidio, se creyó sin mucha dificultad que Egipto es una isla. Ella tampoco preguntó en que mar está. Yo creo que Eva y sus amigas ni siquiera saben que a distintas playas, donde varias veces al año van a cocerse al sol, corresponden distintos mares. Que el mar de la playa de Knokke es otro distinto al de la playa de Niza o la de Malibú. Si pusieras a Eva y a sus amigas en Egipto en medio del desierto yo creo que pensarían que las habías dejado en la playa de Egipto, y que ni siquiera se preguntarían: ¿dónde está el mar de esta playa?

Suena el teléfono. Es otra vez Ilse, pero no la mujer de Rik, sino la otra. Me pregunta que dónde está Rik. Le digo que no lo sé. ‘En casa, supongo,’ añado.

‘Sí,’ dice ella, ‘puede ser. ¿Vas a verle hoy?’

‘No. ¿Por qué debería verle?’

‘Pensé que teníais una sesión de grabación en el estudio esta noche.’

‘No. *Mañana* por la noche es cuando tenemos que grabar, no *esta* noche.’

‘Vaya. Creí haberle oído decir a Rik que era esta noche.’

‘No. Quiero decir, sí, puede que Rik haya dicho eso, pero en tal caso se equivoca. Es mañana por la noche.’

‘Bueno. Vale. Ya le encontraré. Hasta luego.’

Colgamos. Es posible que me equivoque, pero me da la impresión de que esta Ilse tiene un pequeño problema de dicción.

La nevera de la cocina sigue haciendo ruido, todavía no se ha parado. Quizá sea una nevera con un motor que no se detiene nunca. La abro. Todo parece estar fresco y en buenas condiciones. Me preparo un gin-tonic y, al volver a cerrar la puerta, me importa un pimiento no saber a ciencia cierta si la luz sigue encendida o no.

Al cabo de un rato vuelve a sonar el teléfono. No sé por qué, pero tengo la sensación de que va a ser una *tercera* Ilse. Pero no, es el manager del grupo. Me dice que ha recibido una llamada de una chica del departamento de marketing de ‘Guess?’, que según parece ha visto una foto del grupo en la que nuestro bajista aparece con unos vaqueros de ‘Rifle’, y me pregunta sin no querría hablar con él, porque a él nunca le hace caso.

‘¿Y por qué me va a hacer caso a *mi?*’ le pregunto a nuestro manager.

‘A tí te tiene respeto. Y lo sabes,’ dice. Pienso un instante en ello y le digo: ‘No, no lo sé. ¿Por qué dices que a mí me tiene respeto?’

‘Pues no lo sé. Pero es lo que hay: a ti te tiene respeto.’

‘No me había dado cuenta. Apenas nos dirigimos la palabra. ¿Por qué me iba a respetar a mí el gilipollas ese?’ Por algún motivo me da náuseas la idea de que nuestro bajista me mire con respeto. Y añadido: ‘Además, el hecho de que lleve ‘Rifle’ en vez de ‘Guess?’ es tu problema.’

‘No es sólo mi problema,’ dice el manager, ‘es un problema de todo el grupo. Y lo sabes.’

‘Bueno vale,’ digo, ‘lo sé. *Lo sé.*’

‘Habla con él,’ dice.

‘Vale. Mañana por la noche hablo con él.’

‘Estupendo.’

Colgamos. Debo tener algún problema en los oídos, porque tengo la impresión –por primera vez– de que también nuestro manager tiene un pequeño problema de dicción.

Mientras bebo el gin-tonic pongo otra vez *Monster* desde el principio, todavía más alto que

la vez anterior. Suena el teléfono y vuelvo a bajar el volumen. Es la chica de la limpieza. Dice que mañana no puede venir porque está enferma. Le pregunto qué le sucede. Como si me importara una mierda. Como si ella fuera la única chica del mundo entero que puede limpiar. Como si no pudiera ser reemplazada por aproximadamente un millón de chicas. Dice que el médico no sabe lo que tiene. Le pregunto si *ella* sí lo sabe. Esta pregunta parece desconcertarla o algo así. Después de un silencio, dice: 'No, yo tampoco lo sé.' Me pregunto si debo decirle que entonces *yo* seguro que no lo sé. Aunque me puedo hacer una idea. Quizá sea simplemente que está demasiado *gorda*. Que se pone enferma por tener tanta grasa. Pero no se lo digo. Le deseo una pronta mejoría, ella dice que volverá a llamar cuando se encuentre mejor y yo le digo que vale. Colgamos.

Vuelvo a poner el volumen de *Monster* entre el 4 y el 5, y caigo en la cuenta de que he olvidado el nombre de la chica de la limpieza. De pronto dudo incluso que sea ella la que está tan gorda. Podría ser que la gorda fuera la chica de los vecinos, que una vez vino a sustituir a la mía. Creo que esas dos chicas son familia, hermanas o algo parecido. La una gorda, y la otra delgada. Sí, la mía es la delgada, ahora me acuerdo.

Intento prestar atención a la letra de una de las canciones de REM. Aunque no tiene importancia, debo concluir que no entiendo *nada* de lo que dice el cantante, que es aproximadamente lo mismo que entiendo cuando canta el vocalista de mi propio grupo. Y eso a pesar de que yo mismo hago coros en algunos temas de nuestros dos CDs. En mi opinión son precisamente esas las mejores canciones que jamás hemos hecho.

El grupo en el que toco la batería y en el que de vez en cuando hago coros se llama Foaming Vomit. Me resulta curioso que nadie se pare nunca a pensar que ese nombre, si se presta un mínimo de atención, *significa* algo. Que ese nombre significa 'pota espumosa'. Pues nada, la gente piensa inmediatamente, si es que alguien piensa algo, en el grupo de rock con ese nombre, el grupo patrocinado por 'Guess?' cuyo batería es uno que se parece a mí. A veces alguien incluso se da cuenta de que realmente soy yo.

No me gusta ir por ahí diciendo que soy el batería de Foaming Vomit sin que venga a cuento. Pero si alguien me pregunta a qué me dedico –lo cual no sucede casi nunca– digo: 'Soy el batería

de Foaming Vomit.’ Nunca parezco dar con personas en las que esa respuesta desate algún tipo de histeria. Fans o algo parecido, personas que nunca se habrían atrevido a soñar que algún día conocerían al batería de Foaming Vomit en persona, y que si eso sucede, pierdan los papeles por completo. Nunca parezco tropezar con ese tipo de personas. Puede que ese tipo de personas ni siquiera exista.

Me termino el gin-tonic y me pongo mis botas de piel de boa constrictor. También me pongo una cazadora de ‘Guess?’ y llamo a un taxi. A continuación salgo a la calle a esperar. Veo a un hombre que se dedica a husmear en torno a la casa de los vecinos. Intenta mirar por todas las ventanas, pero las cortinas están echadas. Se cuida mucho de no tocar nada, especialmente la fachada, como si tuviera miedo de que a la mínima pudiera saltar una alarma. Y su miedo está justificado, supongo. Al cabo de un rato se acerca a mí. Me pregunta si los vecinos están en casa. Le digo que no, que están de vacaciones. Y para que sienta envidia, añado: ‘Por cuarta vez este año.’ No tiene pinta de ser alguien que pueda permitirse ir de vacaciones cuatro veces al año. De lo que sí tiene pinta es de ser alguien que sólo puede permitirse no ir *nunca* de vacaciones. Le pregunto, inopinadamente, si es un ladrón. Me sonrío furibundo y dice: ‘No.’ Decido no preguntarle quién o qué otra cosa es, y se va. Lo que me ha llamado especialmente la atención de este hombre es su mala dentadura. Dientes puntiagudos, rotos, algunos negros, otros brillantes por su ausencia. Además, le salían babas de la boca y no se limpiaba. Le veo desaparecer por la esquina, sin darse la vuelta.

De repente me doy cuenta de que he dejado *Monster* puesto. En ese momento llega el taxi. Entro en él y le doy al conductor el nombre del restaurante donde he quedado con Eva y con su amiga. El Brugse Poorte. Muy caro. El taxista pregunta en qué calle está. Yo le pregunto sorprendido si no sabe dónde está el Brugse Poorte. Me dice que no, que efectivamente no lo sabe. Le pregunto, ahora ya sintiendo repulsa hacia él, si es nuevo en la profesión, y me dice que sí.

Le explico cómo llegar al Brugse Poorte. Comienza a conducir. Por el camino me mira de vez en cuando por el espejo retrovisor, esperando que le pregunte a qué se dedicaba antes. Yo no le pregunto nada. Al final no puede soportarlo más y me dice: ‘Esta es sólo mi segunda semana como taxista. Antes conducía un camión.’

‘Un gran paso,’ replico. Me cuenta que la vida como transportista es mucho más dura e interesante que la de un taxista. Yo le digo que ya me puedo imaginar, lo cual, por otra parte, no es cierto. ¿Cómo me podría imaginar *–yo–* que la vida de un camionero es mucho más dura e interesante que la de un taxista? Además, no me interesa lo duras o interesantes que sean sus vidas.

Me dice que en el sector de transporte por carretera las cosas andan mal y que todos los días ruedan cabezas. Yo le digo que colecciono ceniza congelada. Él no me entiende o no me oye y añade que el gobierno se va a encargar, como siga así, de que todo el sector se vaya al carajo. Yo le digo que el gobierno sabe muy bien lo que hace, pero parece que mis palabras pasan de nuevo desapercibidas.

Me da la impresión de que vamos por el camino equivocado. De momento no digo nada al respecto y cuando él me dice que echa de menos su Scania Vabis Intercooler, le contesto que yo echo de menos a mi madre.

‘¿Qué?’ pregunta el taxista.

‘Nada,’ le respondo. ‘Por cierto, creo que vamos mal. Hace un momento teníamos que haber girado a la derecha y has seguido recto.’

‘Mierda,’ dice él, ‘tienes razón. Pero si cojo la siguiente a la derecha y doy la vuelta llegamos igual.’

‘Si coges la siguiente a la derecha no vas a poder dar la vuelta,’ le explico, ‘porque te metes en una calle de dirección única.’ El taxista suelta una blasfemia y me pregunta, al borde de la desesperación, que cuál es la mejor alternativa. Le digo que no lo sé. ‘Espera un momento,’ dice él mientras aparca en doble fila delante de un café. ‘Voy a preguntar.’ Cuando entra en el café, salgo del taxi y me voy caminando hacia el Brugse Poorte. Tardo diez minutos en llegar.

En la recepción del restaurante me da la bienvenida un camarero con un traje negro, una camisa blanca y una corbata verde. Me pregunto cuál es la utilidad de una corbata verde. El camarero me pregunta si tengo reserva. ‘Por supuesto,’ le digo. ‘¿O crees que entraría aquí así sin más?’ Él me responde con una sonrisa cínica. Antes de que le de tiempo a decir algo le doy el nombre de Eva. El camarero me conduce a su mesa. La saludo con un beso en la mejilla. Lleva un traje negro de

Armani o alguna marca así. No lleva joyas. Me siento. Eva me presenta a su nueva amiga, que lleva un vestido azul oscuro. ‘Esta es Eva,’ dice, ‘somos tocayas.’ La chica me mira y dice: ‘Hola.’ Yo también digo hola.

‘Ya hemos empezado con el aperitivo,’ dice Eva. Y añade, mientras avisa a un camarero: ‘Hemos pedido un sherry. ¿Tú qué quieres?’ ‘Un gin-tonic,’ le digo al chico. Él asiente con la cabeza y desaparece.

‘¿Por qué lleva el personal corbatas verdes?’ le pregunto a Eva. Como si ella fuera a saberlo.

‘¿Llevan corbatas verdes?’ pregunta ella. ‘No me he dado cuenta. ¿Has venido en taxi?’ ‘Sí’ contesto yo, y le pregunto que cómo han venido *ellas*. Eva dice: ‘En el Kharmann Ghia de Eva.’

‘¿Y por qué no habéis venido con *tu* Kharmann Ghia?’ le pregunto.

‘¿Por qué?’ dice ella. ‘¿Es que no da igual con que Kharmann Ghia hayamos venido? Qué tío.’

La otra Eva abre de pronto la boca y pregunta: ‘¿Tú no tienes un Kharmann Ghia?’

‘No,’ respondo, ‘yo tengo una moto. Una Cortina 1200 cc.’

La otra Eva me mira. Ninguna de las dos me pregunta si Cortina es una marca de motos (no lo es), a pesar de que Eva ha visto al menos en una docena de ocasiones que mi moto es una Honda Shadow 600.

El camarero me trae el gin-tonic y pregunta si ya hemos elegido.

‘Yo ni siquiera tengo el menú,’ le digo.

El chico se sonroja (¿por qué? ¿por qué hay que sonrojarse si resulta que alguien todavía no tiene el menú?) y dice: ‘Usted disculpe,’ mientras se apresura a entregarme la carta. ‘Gracias,’ le digo. ‘¿Habéis elegido ya vosotras?’ pregunto a las chicas.

‘¿Qué?’ dice Eva.

‘Que si ya habéis elegido.’

‘No.’

La otra Eva dice que ella tampoco ha elegido. Comenzamos a hojear el menú. Al cabo de un rato dice la otra Eva: ‘Creo que yo voy a tomar... *algo*. Pero todavía no sé el qué.’

Continuamos hojeando. Mientras leo los nombres de los platos digo, dirigiéndome más a Eva

que a la otra Eva: ‘¿Te has fijado ya que los camareros llevan corbatas verdes?’

Ella me mira con cara de no entender nada, y puesto que es la solución más fácil, una especie de comodín, me dice: ‘No.’

Entonces doy un suspiro profundo y digo: ‘¿Sabíais que la corbata la inventó un francés llamado René Plastron?’

‘Sí,’ dice la otra Eva. La miro. ‘¿Estás segura?’ le pregunto. Parece que va a ruborizarse, pero consigue dominarse y dice: ‘No.’ La miro a los ojos y le pregunto: ‘¿Y sabías que Egipto es una isla?’

Eva se enoja, levanta la vista del menú y gruñe: ‘Eso lo sabe todo el mundo. No hace falta que vayas siempre por ahí alardeando de tus conocimientos.’

‘Yo no lo sabía,’ dice la otra Eva, a lo que Eva replica arisca: ‘No tiene ninguna importancia. Que Egipto sea una isla o no es algo que no puede cambiar nadie.’

‘Tienes razón,’ digo yo. ‘Que Egipto es una isla es algo con lo que tenemos que vivir.’

Continuamos estudiando la carta, hasta que de pronto digo, casi en un susurro: ‘Hay un viejo proverbio chino que dice: *Existen dos personas completas. Una está muerta y la otra aún no ha nacido.*’ La dos Evas me miran fijamente. Tras un silencio digo: ‘Creo que yo no soy ninguna de las dos.’

No saben si lo que acabo de decir les debe parecer simplemente incomprensible, o también algo así como... aterrador. Después de un instante dice Eva, de nuevo considerablemente arisca: ‘No sabía que hablaras chino,’ inmediatamente después de lo cual, por alguna razón abstrusa, la otra Eva dice: ‘El chino es muy difícil.’ Es evidente que esta Eva no se siente del todo a gusto. Dejo pasar un tiempo para calmar su incomodidad y entonces digo: ‘También hay un proverbio japonés que dice: *Lo que más debes temer es el fuego de la ceniza olvidada.*’ Tengo la presunción de que va a decir: ‘El japonés también es muy difícil,’ pero no, esta vez se calla y mira desconcertada a Eva. Ésta cierra de un golpe el menú y dice: ‘Vamos a comer.’

‘Todavía no hemos pedido nada,’ digo.

‘¿No...? Entonces vamos a pedir primero... Yo quiero...’ Vuelve a hojear el menú.

No mucho después estamos en disposición de hacer nuestro pedido al camarero. Observo a las dos Evas, pero ninguna de ellas parece prestar atención a la corbata del chico. Eva pide el cangrejo estofado al *Sauternes*. La otra Eva pide lo mismo y yo eligo la trilogía de patatas *grenaille* con aceite de oliva de Toscana, aunque no tengo la más remota idea de qué puede ser eso. El camarero pregunta si queremos vino y me alcanza la carta de vinos. ‘Vino...’ susurro, ‘vino...’ Hojeo la carta. No sé nada de vinos. Pido una botella de Château Cissac y el camarero me felicita por mi elección.

Esperamos la comida. La otra Eva dice: ‘Me ha dicho Eva que eres el batería de Foaming Vomit.’

‘Sí, así es,’ digo yo.

‘Yo también llevo siempre ropa de ‘Guess?’” dice la otra Eva.

‘¿Sí?’ pregunto. No me viene inmediatamente ninguna otra pregunta a la cabeza, hasta que se me ocurre esta: ‘¿Qué te parecen nuestros CDs?’

‘¿Vuestros CDs?’ La otra Eva se pone a pensar. ‘¿También tenéis...?’

‘Sí,’ interrumpe Eva de malas maneras, ‘tienen CDs. Dos. Ya te los regalaré en alguna ocasión. Y vamos a dejar la música que me duele la cabeza.’

‘Entonces nos callamos un rato,’ digo yo. Y eso es lo que hacemos. Sin ninguna vergüenza me pongo a observar a la otra Eva, que humilla los ojos y se pone a trazar rayitas sobre el mantel con un tenedor. Tiene una cara bonita, grandes tetas y pelo brillante. Estoy casi seguro de que utiliza ‘Redken’. Se lo podría preguntar, pero esa pregunta quizá le provocaría un ataque de pánico.

La comida se hace esperar durante un buen rato. Después de haber observado a la otra Eva durante un tiempo más que suficiente, miro a otras personas en el restaurante. No hay mucha gente y son todos hombres y mujeres ricos, pues en otro caso no estarían aquí. Por lo demás no hay nadie que llame la atención. Se me ocurre de pronto que quizá el hombre que husmeaba en torno a la casa de mis vecinos fuera efectivamente un ladrón. El tipo de ladrón desesperado que de vez en cuando husmea en torno a casas en las que sabe que nunca entrará, porque no dispone ni del conocimiento, ni de la fuerza, ni de las agallas necesarias para ello. Debido a la alarma, al tipo de casa inexpugnable, a las constantes rondas de la policía, al poder de los dueños ausentes y de los vecinos. Un ladrón de

ese tipo nunca pasa de mirar las casas de cerca, y si alguien le pillara y le pregunta ‘¿Eres un ladrón?’, dice que no y se larga.

Eva me pregunta: ‘¿Has visto hoy a Rik?’ ‘No,’ contesto yo, a lo que ella replica: ‘Ilse preguntó que dónde andaba.’

‘¿Qué Ilse?’ pregunto yo.

‘¿Cómo que qué Ilse? La mujer de Rik, quién si no. ¿O es que hay más Ilses?’

‘Yo conozco a una Ilse,’ dice la otra Eva, ‘pero su marido no se llama Rik. No sé cómo se llama. Creo que no tiene marido. Trabaja de modelo para una agencia en... Amberes.... No, Bruselas... Se llama Ilse... creo...’

Llega la comida. Un camarero nuevo me da a probar el vino. Le digo que el vino está bien. Le pregunto si sería tan amable de meter la ceniza de todos los ceniceros en una bolsita de plástico, sin colillas. Me dice que eso no es posible. ‘Oh,’ digo yo, ‘no lo sabía. Disculpe la pregunta.’ El camarero dice que no tiene importancia, y llena las copas de vino.

Parece que las dos Evas van a tardar horas en comerse sus cangrejos. Eva me lanza miradas asesinas mientras engullo mi comida como un loco. El vaso de vino ni lo toco. Cuando termino de comer le digo a la otra Eva: ‘¿Te ha contado ya Eva que algunas ballenas tienen patas?’ Su tenedor golpea el plato. ‘No...’ balbucea, y le dice a Eva: ‘¿Por qué no me has dicho todavía eso, Eva?’ Se pone a lloriquear. ‘Creía que éramos amigas...’

Eva se mosquea conmigo. ‘¿Por qué tienes que provocar *siempre* peleas entre mis amigas y yo?’ dice siseando y poniéndose roja de furia. La otra Eva está ahora llorando desconsolada. ‘Ven... ven conmigo al baño,’ dice Eva, y se lleva a la otra Eva, que está temblando, en dirección a los servicios. Un camarero viene a preguntar si sucede algo. Le tranquilizo asegurándole que no pasa nada. Le pido que traiga la cuenta. Lo hace. Pago. A continuación abandono el restaurante, después de que el camarero me haya preguntado si todo estaba a nuestro gusto y yo le haya dicho que sí al tiempo que dejo quinientos francos de propina.

Fotógrafa

Estamos en el estudio donde se realizan las sesiones de grabación de nuestro tercer CD. Dos de los cuatro miembros de Foaming Vomit no están presentes: el cantante, que según creo hoy no tiene nada que grabar, y el bajista, que de acuerdo con su costumbre no se ha dignado a aparecer. Las líneas de bajo las graba un músico de estudio, del mismo modo que *mi* batería la graba un músico de estudio, así como las guitarras de Rik.

Estoy junto a Rik en el bar del estudio reservado para Foaming Vomit y los dos hemos pedido un gin-tonic a la camarera.

Yo no tengo ningún problema con el hecho de que un músico de estudio grave por mí. Él es mucho mejor batería que yo. Bien es cierto que tiene el aspecto de un idiota medio loco: alopecia galopante, se viste mal, dentadura fea. Y tiene un olor que provoca miedo incluso a una distancia respetable. Padece sin duda un tufo corporal hereditario.

Rik está mirando al suelo y todavía no ha tocado su gin-tonic. 'Todavía nos faltan los títulos de dos canciones,' dice. 'Las letras no, las letras ya existen, alguien las ha escrito. Pero según parece todavía faltan los títulos. Dos... *títulos...*' Rik se queda mirando al vacío, como si se preguntara por qué las canciones necesitan un título. Yo también me lo pregunto a veces. '*Get Eve... y... Whales... Whales with... no, Whales on Wheels,*' digo yo. Me avergüenzo profundamente por haber inventado estos títulos, pero no dejo que se me note. Rik dice que son dos títulos estupendos. Ve un bolígrafo sobre la mesa y se dispone a apuntarlos en una servilleta, pero primero me pide que los repita de nuevo. Yo los repito. Ahora me pide que los delectee. Una vez que los tiene sobre el trozo de papel húmedo escribe en la parte superior TÍTULOS DE CANCIONES y avisa a la chica de la barra. Le pide que vaya al estudio y le entregue la servilleta al productor. Me pregunto qué podrá hacer el productor así de repente con dos títulos de canciones garabateados en una servilleta con la infantiloides letra de Rik.

¿Tenemos ya un título para el CD?' le pregunto a Rik.

'No,' contesta él.

En ese momento entra el manager con una chica en el bar. ‘Esta es Taïs,’ dice. ‘Va a hacer la fotografía para la portada del nuevo CD.’

La miramos y decimos hola. Rik pregunta a continuación a nuestro manager, que se llama Kurt: ‘¿Cuándo?’

‘¿Cuándo qué?’ pregunta Kurt.

‘Que cuándo va a hacer las fotografías.’

‘El mes que viene, una semana completa. De lunes a domingo.’

Rik no dice nada. Yo tampoco, hasta que le pregunto a Taïs: ‘¿Eres famosa? ¿Eres una fotógrafa famosa?’

‘Sí,’ dice ella, y a continuación añade: ‘Pero ahora tengo que ir al servicio.’ Sale del bar.

‘Dice que es famosa...’ comenta Rik dirigiéndose a Kurt. ‘¿Es cierto?’

‘Por supuesto,’ responde Kurt.

‘Muy bien,’ dice Rik. No sólo sus vaqueros, su camisa y su cazadora son de ‘Guess?’, observo, sino también sus *zapatos*. No sabía que hubieran zapatos ‘Guess?’. Me parece raro que no lo supiera.

Kurt le pide un café a la camarera, que ya ha vuelto de llevarle al productor la servilleta con los títulos de las canciones. ‘¿Está Bart por aquí?’ pregunta. ‘No,’ digo yo. Bart es nuestro bajista. ‘¿Has hablado ya con él sobre el problema con ‘Guess?’?’ me pregunta Kurt.

‘No,’ le digo, ‘todavía no he tenido tiempo. Estoy escribiendo... un libro de poesía.’

‘Un libro de poesía...’ murmura Rik sin comprender nada. Sus entendederas no alcanzan a comprender que alguien quiera escribir un libro de poesía. Las mías tampoco. Que estoy liado escribiendo un libro de poesía es una vulgar *mentira*.

‘Habla con él cuanto antes sobre el asunto,’ me dice Kurt. ‘En ‘Guess?’ no están muy contentos que digamos.’

‘¿Alguna vez están contentos en ‘Guess?’?’ pregunta Rik de repente. ‘¿Hay *alguien* o *algo* que esté alguna vez satisfecho?’ Kurt lo piensa un poco y responde: ‘No lo sé.’

Rik mira su gin-tonic, duda, pero no llega a tocar el vaso. Kurt sorbe ruidosamente de su café. Sí, sorbe ruidosamente, y eso me llama la atención. Me hago dos preguntas: ¿por qué sorbe Kurt

haciendo ruido? y ¿por qué me llama la atención?

Täis vuelve a entrar en el bar. La camarera le pregunta si quiere tomar algo. Täis se lo piensa un poco. ‘No,’ dice, ‘no tengo sed.’ Se sienta y se queda mirando una fotografía que hay sobre la pared. En ella se ve a un elefante que por alguna razón sólo conserva un colmillo. Por lo demás, el elefante parece estar en perfectas condiciones e incluso bastante satisfecho: está *sonriendo*.

Miro a Täis, pequeña y delicada, pero muy femenina e increíblemente bonita. Le pregunto... O mejor no, de momento (o quizá durante más tiempo) decido no preguntar *nada*.

Suena el teléfono. La camarera contesta la llamada. Poco después dice: ‘Rik, es para tí.’

‘Ese peligro existía,’ dice Rik, y se levanta para coger el teléfono de las manos de la chica, que se llama Inge y también es increíblemente bonita. Al cabo de un poco, no mucho tiempo, Rik devuelve el teléfono a la chica. ‘Tengo que irme,’ dice, ‘Ilse ha dejado su Kharmann siniestro total.’

‘¿Qué Ilse?’ pregunto yo. Rik me mira y dice: ‘Mierda,’ al tiempo que abandona el bar entre confuso y alterado.

‘¿Quién es Ilse?’ pregunta Täis.

‘Su mujer,’ contesto yo, ‘pero también otra persona.’ Se me ocurre que no sería raro que Rik no supiera exactamente qué Ilse ha destrozado su Kharmann Ghia, pues las dos tienen uno. O puede que haya una tercera o una cuarta Ilse que también tenga uno.

Me quedo en el bar con Kurt, Täis e Inge. Se puede ver por sus gestos nerviosos y sus miradas que Kurt está enamorado de Täis. Eso supongo al menos, aunque no me puedo imaginar a Kurt enamorado de alguien. ‘Kurt, ¿estás... enamorado de Täis?’ le pregunto.

No sé por qué, pero esa pregunta parece generar cierta incomodidad en la estancia donde nos encontramos. Finalmente no es Kurt, sino Täis, quien responde. Dice: ‘Estoy segura de que Kurt no está enamorado de mí. Y yo tampoco de él. Ni siquiera somos amigos.’ Miro a Kurt buscando en su cara alguna señal que reafirme o contradiga lo que acaba de decir Täis. No encuentro ninguna señal. Kurt calla. Hasta que de pronto se levanta y abandona el bar. Me parece oírle lloriquear, aunque no estoy seguro de ello. Täis también se levanta, pero se vuelve a sentar en seguida. Quiere decir algo. Se lo piensa y finalmente dice: ‘No conozco a Kurt en absoluto. Hoy es la tercera vez que nos vemos.’

‘¿La tercera vez?’ digo yo, en el tono de voz de alguien que esperara que ya se hubieran visto en más de tres ocasiones.

‘Sí, la tercera vez,’ dice Taïs. A continuación se dirige a Inge y le dice que ahora sí le ha entrado sed y que quiere un vaso de agua. Inge le sirve un vaso de agua. Me pregunta si quiero otro gin-tonic. ‘Sí,’ contesto yo.

Taïs bebe de su vaso de agua y pregunta: ‘¿Quién ha hecho esa fotografía del elefante?’ Le contesto que no lo sé, y le pregunto a Inge si ella lo sabe. Inge dice: ‘Sí, yo lo sé... Fue... Se me ha olvidado... Es la foto original de la portada de un CD de...’ Hace un esfuerzo por recordar el nombre de algún grupo de rock, pero no lo consigue. ‘El cantante tiene pelo castaño corto,’ dice tratando de poner su memoria en funcionamiento. ‘Se llama... Luk, creo. Y el guitarrista... El guitarrista... se llama... también Luk...’

‘Déjalo,’ dice Taïs, ‘es simplemente que esa foto no vale para nada. Está mal encuadrada.’

‘¿Por qué?’ le pregunto. A mi antes no me había parecido que estuviera mal encuadrada.

‘Los arbustos que hay a la izquierda en la colina detrás del elefante están cortados,’ dice Taïs, ‘y eso arruina toda la fotografía.’ Observo los arbustos que hay a la izquierda en la colina detrás del elefante, observo incluso con especial atención, pero no consigo determinar si están cortados o no. ‘Lo que aún llama más la atención es que el elefante *sonríe*,’ digo. Inge y Taïs observan ahora la fotografía con mucha atención. Taïs no dice nada, pero Inge sí: ‘Elephant. Ahora me acuerdo. Así se llama el grupo. Elephant.’

‘¿No había ya otro grupo con ese nombre?’ pregunto yo, provocando confusión en Inge. ‘¿Sí...?’ dice. ‘¿De verdad? Yo creía que Elephant era el único grupo que... eso... que se llamaba Elephant. El cantante y el guitarrista se llaman Luk... Creo que...’

No termina la frase. Taïs repite que la foto no vale para nada y que nunca ha oído hablar de un grupo, o dos grupos, que se llamen Elephant.

‘Los Elephant que yo conozco perdieron a un roadie durante una gira en España,’ digo yo. ‘Después de un concierto el tal roadie había desaparecido, así sin más. Le buscaron un tiempo, pero nunca se volvió a saber de él.’ Recuerdo que aquel roadie se llamaba Herbert, un holandés.

El productor entra en el bar, seguido de Kurt y del batería de estudio. Kurt no mira a Taïs y ella tampoco le mira a él. ¿Por qué sigue ella aquí? ¿Hay todavía algo que hablar, o ha decidido quedarse simplemente por la *agradable compañía*?

El batería de estudio apesta a algo podrido. Algo así como una mezcla de sudor reseco y paté curado. El productor anuncia que seis temas ya están grabados. Pregunta que dónde está Rik, pues le quiere felicitar por los títulos que ha inventado, ‘Get Eve’ y ‘Whales on Wheels’. Añade que él incluso utilizaría *Whales on Wheels* como título del disco, o bien *Get Eve*.

Le pregunto al productor de qué habla la canción que ha recibido como título ‘Whales on Wheels’. Frunciendo el ceño responde: ‘Eso se lo tienes que preguntar al letrista.’

‘¿Quién es el letrista?’ insisto yo. Nadie lo sabe. Kurt cree que es Bart. Podría ser, porque Bart siempre se niega a poner título a sus letras. El productor cree que es Yves, el cantante, quien ha escrito la letra, aunque no sabe con exactitud qué letra es la que cree que habría escrito Yves. Yves tampoco pone título a todas las letras que escribe; a veces se le olvida. ‘Por cierto, ¿dónde está Yves?’ pregunta Kurt.

‘Aquí no,’ dice Inge.

‘Tampoco tiene por qué estar aquí,’ dice el productor. ‘Hoy hemos trabajado exclusivamente la sección rítmica. ¿Alguien quiere oír el resultado?’

Nadie dice nada. El productor murmura algo para sus adentros y le pide un whisky a Inge. El batería de estudio se ha quedado dormido con la cabeza sobre la mesa.

Taïs está otra vez mirando la fotografía del elefante (y los arbustos sobre la colina). No me sorprendería que estuviera *celosa*. Celosa porque el aquel fotógrafo puede retratar elefantes que sonrían y ella no. No conozco el trabajo de Taïs. Y tampoco me interesa.

Mi opinión del mundo de la fotografía es que un fotógrafo es tan bueno o tan malo como su cámara. Los mejores fotógrafos son aquellos con las cámaras más caras.

El batería de estudio huele aún peor mientras duerme que cuando está despierto.

Le pregunto a Inge, que ha olvidado traerme mi gin-tonic, si querría guardarme la ceniza de los ceniceros en una bolsita de plástico. ‘Vale,’ dice ella. ‘Sin colillas ni otras porquerías,’ añade yo.

‘Ya lo sé,’ dice ella en el tono lastimero de alguien que se siente herido en su orgullo profesional.

Si le dijera a Eva y a su amiga Eva que coleccionar ceniza sin colillas en una bolsa de plástico es una profesión honorable y reconocida, con su propio sindicato y todo, no dudo un solo instante que se lo creerían.

De pronto me doy cuenta de que no he vuelto a saber nada de Eva desde el incidente en el Brugse Poort. Eso no me hace sentirme satisfecho, pero tampoco insatisfecho, y no me hago al respecto ni una sola pregunta.

Inge está fumando un cigarro. La ceniza la va echando directamente, sin el paso intermedio del cenicero, en la bolsa de plástico transparente, que ya está llena de ceniza pura en sus tres cuartas partes. Finalmente apaga el cigarro –esto sí lo hace en un cenicero– tras lo cual cierra la bolsa con una goma y viene hacia mí para dármele. ‘Toma,’ me dice.

‘Gracias Inge,’ contesto yo. Le pregunto si podría llamar a un taxi.

‘¿Te vas?’ pregunta Kurt.

‘Creo que sí,’ digo yo, y a continuación añado: ‘Para ser sincero, estoy seguro.’

‘¿Vas a ver hoy a Bart?’

‘¿A quién?’

‘A Bart. Por el asunto de ‘Guess?’. Es urgente.’

‘¿Y por qué debería ver hoy a Bart? No hay ninguna razón para ello, Kurt.’

‘Hablar con él del problema con Guess? es una razón.’

‘¿Sí?’ le pregunto, ‘¿es eso una *razón*?’ Kurt no dice nada.

Taïs interrumpe su conversación con el productor, se levanta y me pregunta que hacia dónde voy con el taxi. ‘A casa’, digo yo. Me pregunta que dónde vivo más o menos. Le contesto que *más o menos* vivo la calle Leeuw, número ciento treinta y dos. Ella me dice que vive en la calle Hof, muy cerca de la calle Leeuw, y que le parece una buena idea que vayamos en el mismo taxi, a lo cual yo asiento.

Kurt salta de su silla y le dice muy nervioso a Taïs que él la puede llevar a casa en su Kharmann.

Al caer, la silla de Kurt despierta repentinamente al batería de estudio. ‘¡Intravenoso!’ grita con los ojos hinchados. Luego se domina, mira a su alrededor y dice: ‘Perdón, estaba soñando.’ Nadie le pregunta sobre su sueño, ni sobre el papel que algo intravenoso pueda haber tenido en él.

Täis le dice a Kurt: ‘No, me parece más sencillo si voy en taxi.’ Kurt vuelve a colocar su silla, se sienta e intenta controlar el temblor de su labio inferior.

El productor pregunta, al igual que hace un rato, si alguien quiere oír las grabaciones del día. ‘No,’ digo yo. Y a continuación, dirigiéndome a Täis: ‘Vamos, el taxi debe estar ya ahí.’ Täis le dice a Kurt que la llame, o que la localice en el busca, o que envíe un fax o un e-mail si hay algo en relación con la sesión de fotos. Kurt no responde. Le digo hasta luego al elefante sonriente y me voy caminando a través del estudio hacia la salida, seguido por Täis.

Estamos fuera esperando el taxi. Täis me pregunta mi opinión sobre la fotografía para la portada del nuevo CD, si prefiero color o blanco y negro.

No sé cómo debo contestar a esa pregunta. La cuestión es que, color o blanco y negro, me es del todo indiferente. ‘Verde,’ digo finalmente mintiendo. ‘Me encanta el verde.’

‘¿Quieres decir todo el grupo de verde?’ pregunta ella. ‘Suponiendo que la idea sea poner una foto del grupo en la portada.’

‘Podría ser,’ digo yo. ‘Otra posibilidad es: sólo *yo* de verde y el resto de... azul.’ Täis parece pensar sobre ello. Llega el taxi. Nos metemos en él y nos sentamos en la parte trasera. ‘A la calle Hof,’ le digo al conductor.

‘Número dieciséis,’ dice Täis.

‘La calle Hof, la calle Hof...’ murmura el taxista. ‘¿No está eso cerca de...?’

‘Sí,’ le interrumpo. Él pone el coche en marcha. Ya en el primer desvío en el que puede y debe girar a la izquierda para llegar a la calle Hof, el taxista sigue de frente. Täis no parece darse cuenta.

El taxista es un hombre gordo, asqueroso y nervioso. Su mirada oscila continuamente de un espejo retrovisor a otro.

De pronto atropella a un ciclista. Blasfema y frena. ‘¿Qué ha pasado?’ pregunta Täis asustada.

‘El conductor ha atropellado a un ciclista y el ciclista ha muerto,’ contesto yo.

‘¿Muerto?! ¿Cómo que muerto?!’ grita el taxista. De un golpe abre su puerta y se dirige tambaleándose hacia el ciclista, en torno al cual ya se ha reunido un grupo de personas. ‘Dios mío,’ dice Taïs.

‘Ven,’ le digo. Abandonamos el taxi. Taïs cree que yo también voy a mirar al ciclista, pero no. Cuando veo que ella quiere acercarse al tumulto la cojo del brazo y digo: ‘Tenemos que ir a otro sitio.’ Me mira sin comprender. ‘Tenemos que ir a *casa*,’ le digo.

‘Pero el ciclista...’ dice ella.

‘Ya tiene ayuda de sobra,’ digo yo. ‘Además, no le conocemos. Quiero decir que si fuera un conocido a lo mejor... Pero ahora no. Vamos.’

‘¿Y cómo sabes que no es un conocido?’ dice Taïs. ‘¿Le has visto la cara? ¿Cómo sabes que no es ningún conocido?’

‘No, no le he visto la cara. Pero es con toda seguridad un desconocido porque... no conozco a nadie que vaya en bicicleta. Vamos.’

Comienzo a caminar, Taïs me sigue, se pone a mi altura y dice: ‘Todavía estamos muy lejos de casa,’ dice.

‘Ya lo sé, ya lo sé.’

‘¿Vamos a hacer todo el camino a pie?’

‘Espero que no.’

Continúo en silencio hasta que al cabo de un tiempo me detengo repentinamente. Veo el Kharman Ghia de alguien. De... Bart. Miro alrededor. Sí, Bart vive por aquí. En la casona con dos balcones. Me dirijo a ella y llamo al timbre. ‘¿Quién vive aquí?’ pregunta Taïs, ‘¿un conocido?’

‘Por supuesto,’ digo yo, ‘no estoy tan desesperado como para llamar así por las buenas a una puerta cualquiera.’ Vuelvo a llamar y digo: ‘Se llama Bart. Es el bajista de Foaming Vomit. Se pone ropa de Rifle. No sé mucho más sobre él.’

Esperamos. Alguien abre. Es Bart. Lleva un quimono. No sé si ‘Guess?’ fabrica quimonos. Pregunta que quiénes somos y entonces me reconoce. ‘Pasad,’ dice.

Le seguimos hasta el salón. Tiene música puesta, algo con guitarras. Bart señala un sofá de dos

personas y dice: ‘Sentaos.’ Él se sienta en un sillón. En otro sillón está sentada una mujer muy vieja. Le echo más de setenta. Bart dice, dirigiéndose a ella: ‘Este es el batería de Foaming Vomit y a esa chica no la conozco.’

‘Soy Taïs,’ dice Taïs, ‘fotógrafa.’

‘Es famosa,’ añado yo, y luego le digo a la vieja: ‘Muy buenas señora.’

‘Puedes llamarme Evelien,’ dice ella. ‘Por lo demás no hace falta que digas nada si no lo deseas. Soy la abuela de Bart.’

‘Hola Evelien,’ dice Taïs, ‘encantada.’

‘Hola Evelien,’ digo yo a mi vez. Y luego, como en un reflejo: ‘¿Puedo... ofrecerte algo?’ Le alcanzo la bolsa de plástico que llevo en la mano desde que dejé el estudio.

Ella coge la bolsa, la mira acercándola a la luz, y la coloca en el suelo, junto al sillón. ‘Gracias,’ dice, ‘muy amable.’

Se me antoja *considerablemente* extraño que nadie se sorprenda si ofreces una bolsa de ceniza a una vieja. Al contrario: nadie dice nada, excepto la propia vieja, que se limita a decir que es muy amable de mi parte.

Ahora dice la vieja: ‘Bart, ofrece a estas personas algo de beber.’ Bart abre los ojos, y pregunta qué queremos tomar. Le pregunto qué tiene en casa. ‘No lo sé,’ dice, ‘creo que... todo.’

Le pido un gin-tonic. Taïs dice que a ella le basta con un vaso de agua. Bart nos mira como si pidieramos algo imposible. ‘¿Me puede ayudar alguien?’ dice al tiempo que se levanta. ‘Yo te ayudo,’ dice Taïs, y le sigue, probablemente a la cocina. La vieja que está en el sillón se sirve a sí misma de una botella, en un vaso pequeño. Un licor amarillento y gelatinoso. Después de dar un sorbito me dice de repente: ‘Yo fui la primera mujer de nuestro pueblo que jugó al fútbol.’

Dejo que sus palabras calen en mí y digo lleno de estupor: ‘Vaya, y... ¿marcaste muchos goles?’

Ella sonrío y dice: ‘No, yo era más bien una jugadora de tipo defensivo. Siempre lo he sido. No sólo en el fútbol. Toda mi vida he elegido antes la defensa que el ataque.’

No sé por qué, pero decido continuar con el tema del fútbol, y pregunto: ‘Y a tus padres, Evelien, ¿les parecía bien que su hija jugase al fútbol? Me imagino que en aquel tiempo debía ser...’

‘En efecto, era un caso excepcional,’ me interrumpe ella. Vuelve a beber de su licor y continúa: ‘El fútbol femenino organizado no existía aún en ningún sitio. Y no me aceptaban en ningún club. Me tenía que limitar a entrenar con los chicos. En los partidos, sin embargo, en principio no podía jugar. En principio, digo, porque un día se le ocurrió a alguien, ya no me acuerdo a quién, disfrazarme de chico. Lo cual no era muy difícil: tenía poco pecho, pelo corto, también en las piernas, y era de complexión robusta. De ese modo jugué diez partidos sin que nadie lo notara en el equipo reserva del SK Maldegem. Hasta que sufrí una lesión grave. No sólo tuve un desgarro de ligamentos sino que además me rompí el dedo meñique. Todavía se nota, después de tantos años.’ Extiende su mano izquierda para mostrarme el meñique. Yo me inclino para observarlo. El dedo está completamente torcido. Vuelve a retirar su mano y dice: ‘Pero preguntabas qué opinaban mis padres. Poco, porque muy pronto me quedé huérfana. Tuve que educarme a mí misma en todo tipo de hospicios e instituciones juveniles. Y en aquel tiempo no existían en ningún sitio, eso te lo puedo asegurar.’ Bebe de su minúsculo vasito pensativa, a continuación lo vuelve a llenar y da otro sorbito.

‘Sí...’ digo yo, ‘¿cuánto sufrimiento puede soportar una persona?’

‘No lo sé,’ dice ella. ‘En mi opinión mucho.’

Me da la impresión de que no tiene muchas ganas, o energías, para continuar la conversación. Además se le cierran los ojos, y después de unos cuatro o cinco minutos se queda dormida con la boca abierta y la cabeza colgando hacia un lado. Intento imaginármela vestida de futbolista y me pregunto que número habrá llevado a la espalda. Yo digo que un tres.

La música se ha detenido y de algún sitio llegan otros ruidos, y no precisamente ruidos típicos de la cocina. Más bien sonidos procedentes de un dormitorio. Me pongo de pie, busco y encuentro la cocina, pero allí no hay nadie. Sigo buscando y subo por la escalera que conduce a la primera planta. Hay una puerta abierta. Voy hasta el umbral y veo a Bart que se dispone a penetrar a Taïs. Los dos están desnudos. ‘Bart,’ digo, ‘voy a llamar a un taxi.’ Decirle algo también a Taïs no tiene mucho sentido. Vuelvo a la planta de abajo. Finalmente encuentro un teléfono inalámbrico en la cocina, donde hay –ahora me doy cuenta– un vaso con un culito de ginebra y a su lado una botella

de ginebra y una de tónica. El tapón de una de las botellas está en el suelo. Lo recojo y lo pongo sobre la encimera. También cierro la nevera, que estaba abierta. No me paro a pensar si la luz de la nevera se queda encendida o no después de haber cerrado la puerta. Tengo de pronto la sensación de haber eliminado esa manía. Me propongo no volverme a preocupar por las luces interiores de las neveras, tampoco en mi casa. Estoy muy contento con este propósito. Casi feliz, llamo a un taxi.

Abandono la casa de Bart y Evelien y espero al taxi en la calle. Cuando llega, me acomodo en el asiento trasero. ‘Calle Leeuw, número ciento treinta y dos,’ le digo al taxista, un hombre bastante corriente. ‘Muy bien,’ dice él.

Me lleva a la calle Leeuw, número ciento treinta y dos. Pago al taxista. Le doy una propina de cincuenta francos y salgo del taxi ignorando su agradecimiento.

En casa me como tres trozos de tres tipos distintos de queso, acompañados de un gin-tonic.

Durante aproximadamente una hora miro una caja abierta con ceniza congelada. No se me ocurre ninguna idea mientras la miro. Me gustaría, pero no, nada. No paso de: *Esto es un bloque de ceniza congelada.*

Tras guardar de nuevo la caja de ceniza en el congelador, sustituyo el CD *Monster* por el CD *Paris 1919* de John Cale y me tumbo en el suelo sobre la espalda. Observo el techo pintado de blanco. Pienso en mi madre y en una vez, cuando era pequeño, que me dijo: ‘Si mañana nieva tienes permiso para salir a jugar en la nieve.’ Yo le pregunté: ‘Mamá, ¿y si no nieva?’ Y mi madre dijo: ‘También.’

Estoy tumbado en el suelo de mi casa. Y lloro.



Ghia (proloog)

De places to be, daar kom ik zelden, behalve in de restaurants: een mens moet tenslotte eten. Maar de disco's, de clubs, de cafés, de bars, de mega-dancings, de kroegen die *in* zijn, die mijd ik als de pest. Maar ik ken ze wel, natuurlijk. Ik ben op de hoogte. Daarom rijd ik naar 2002, een... hoe moet je het noemen... een *tent* die tegenwoordig (deze maand zeg maar) het neusje van de zalm is. Ik passeer de parkeerwachter en rijd de immense parkeerplaats op. Ik denk dat ik ongeveer vijfduizend Kharmann Ghia's zie staan. Hier en daar een antenne knakken, een achteruitkijkspiegel afbreken, een deuk stompen, een kras maken? Welnee. Als zoiets je enige vorm van voldoening geeft, ben je een stompzinnige idioot. Bovendien weet ik – uiteraard – niet welke auto van wie is. Misschien zou ik wel 'ns de auto van een *onschuldige* kunnen beschadigen. Anderzijds: wie met een Kharmann Ghia rijdt mag per definitie als een schulddrager worden beschouwd. Maar kan je geloven dat ik alweer vergeten ben welke kleur de Kharmann van Eva heeft, om maar iemand te noemen? Eerst had ze een groene, daarna een blauwe, of omgekeerd. Allicht heeft ze ondertussen weer een andere. Jongens, jongens, wat moet dat worden als de Kharmann Ghia binnenkort z'n status verliest. Goud zal veranderen in blik; het onmisbare in iets overbodigs. Wat zeg ik: overbodigs? Heel binnenkort zal een Kharmann Ghia verworden tot iets in de buurt waarvan je maar beter niet kan worden aangetroffen of hoon zal je deel zijn. Hoon en bespotting, hoon en bespotting en haat, en het ergste van alles: opgetrokken wenkbrauwen, meewarige blikken en de gefluisterde woorden: 'Een Kharmann Ghia, hoe is het mogelijk? In *deze tijd*.'

Deze tijd... welke tijd is dat? Eind twintigste eeuw, april 1995, dat is deze tijd. Geef ons een jaar en we zijn deze tijd vergeten. Het is een tijd van niks, een waardeloze tijd, een tijd zonder betekenis en zonder symbolen. Het is een tijd van alle tijden.

Eva's

Eva belt me op om te zeggen dat onze afspraak niet kan doorgaan. Ik zeg dat dat geen probleem is. Verder zeggen we niks en we hangen op. Even later belt ze om te zeggen dat de afspraak toch kan doorgaan, op voorwaarde dat ze haar beste vriendin mag meenemen. Ik zeg 'oké' en vraag: 'Wie is die beste vriendin?'

'Je kent haar niet,' zegt ze, 'ik ken haar zelf nog maar pas.'

'Ach zo. Vandaar. Ik begrijp het.'

'Om acht uur?' vraagt ze.

'Goed, om acht uur. Tot dan.'

'Kom met een taxi,' zegt ze.

'We zien wel,' zeg ik. We hangen op.

Er is iets mis met mijn koelkast in de keuken. Ze slaat nooit meer af en ik denk, ineens, dat het zelfs mogelijk moet zijn dat het lichtje blijft branden als de koelkast dicht is. Ik herinner me dat iemand me ooit gezegd heeft dat er een middel is om dat te controleren. Of ik heb dat ergens gelezen, in een boek vol mythen.

De vorige beste vriendin van Eva heeft niet zo lang geleden (twee weken? een maand?) geprobeerd om zelfmoord te plegen. Ik weet niet of het iets met Eva te maken had, maar het zou me niks verwonderen. De poging mislukte. Het meisje had de verkeerde pillen geslikt. Lichte in plaats van zware, zoiets. Ze vond het allicht te lastig om, voordat ze zelfmoord wilde plegen, de bijsluiters van de pillendoosjes te lezen.

Na de zelfmoordpoging van haar beste vriendin zegde Eva de vrindschap op. Ze wilde niet de vriendin zijn van iemand die zelfmoord heeft willen plegen en het overleefd heeft. Eva zegt dat dat soort mensen daarna over niks anders meer kan praten dan over hun mislukte zelfmoordpoging en daar word ik stapelgek van, zegt Eva, als mensen altijd over hetzelfde onderwerp blijven lullen.

Eva heeft ooit, verleden jaar, de vriendschap met haar moeder opgezegd omdat die altijd over haar ziekte lulde. Ze had kanker. Ze is er ondertussen van genezen, en Eva wil nu de vriendschap

met haar moeder herstellen, maar dat wil die moeder niet.

Er zijn dagen dat Eva er niet over kan zwijgen dat haar moeder de vriendschap niet wil hernieuwen, ondanks haar definitieve genezing. Eva vindt dat heel stom en egoïstisch van haar moeder.

Ik open de koelkast, sluit ze traag; net voor ik de deur dichtklap, wil ik nog snel kijken of het lichtje blijft branden of niet. Ik kom er niet uit.

Ik ga naar boven en laat het bad voor driekwart vollopen. Ik heb rond de middag al een bad genomen maar ik neem er nog een.

Terwijl ik in het water lig luister ik naar 'Drive' van REM, dat ik negen keer na elkaar heb opgenomen op de ene kant van een cassettebandje. Op de andere kant staat tien keer 'Every Day Is Like Sunday' van Morrissey, dat een korter nummer is dan 'Drive'.

De telefoon rinkelt beneden, en 'Drive' staat niet overdreven hard, zodat ik kan horen dat iemand, een vrouwenstem, iets inspreekt op het antwoordapparaat, maar ik kan niet horen wat ze zegt. Ik weet niet van wie de stem is. Misschien die van Eva. Ik kan me Eva's stem nooit erg lang herinneren. Niet langer dan drie kwartier, een uur. Toch hoop ik dat het haar stem was en dat ze de afspraak heeft afgezegd. Omdat haar nieuwe vriendin zelfmoord heeft gepleegd. Omdat haar moeder weer kanker heeft. Omdat ze een nagel gebroken heeft. Weet ik veel. Omdat ze *zelf* zelfmoord heeft gepleegd. Omdat ze niet de hele avond opgescheept wil zitten met iemand die niet kan zwijgen over z'n keukenkoelkast die niet in orde is (hoewel ik daarover met geen woord zal reppen).

Vroeger rookte ik als ik in bad lag, maar op een keer viel m'n sigaret uit m'n vingers, en ik verbrandde m'n kuit, *onder water*. Sindsdien rook ik niet meer in bad. In wezen is het een stompzinig besluit. Ik kan me niet voorstellen dat iemand, ik, in z'n leven *twee keer* onder water z'n kuit zou verbranden. Maar zo'n ramp is het niet om in bad niet meer te roken. Ik kan er mee leven.

Op een andere keer zat ik in bad met Eva en zij viel in slaap en ik duwde haar hoofd onder water, en ik vond dat het verbazingwekkend lang duurde voordat ze wakker werd. Ik had gedacht dat ze meteen wakker zou worden, maar nee, het duurde zeker – hoe lang? – minstens tien seconden of zoiets.

Ik stap uit het water en droog me af terwijl ik voor de zevende keer naar 'Drive' luister. Ik twijfel

of ik me zal scheren of niet. Vanmiddag, na het eerste bad, heb ik me ook niet geschoren. Ik heb geen zin om me te scheren. Ik heb ook geen zin om me aan te kleden, en toch doe ik het. Een slip van It's A Man's World, sokken van ik weet niet welk merk – waarom niet géén merk – en een hemd en jeans van Guess?, omdat de groep waarvan ik de drummer ben, gesponsord wordt door Guess?.

In zo'n groep is er altijd één klootzak die weigert om in zo'n geval Guess? te dragen en bij ons is dat de bassist, die ook voor de rest een onuitstaanbaar type is. Hij is een prima bassist, maar zijn weigering om tijdens de fotosessies en optredens Guess? te dragen, zal vroeg of laat z'n carrière breken, dat kan niet anders.

De koelkast in m'n slaapkamer lijkt oké. Ik ga op de rand van het bed zitten en rook een sigaret. Als die opgerookt is, gooi ik de asbak leeg in een plastic doos die in de kleine diepvriezer van de slaapkamerkoelkast staat. Zonder de peuk. Alleen de as. De peuk werp ik door het open raam in de tuin van de burens, die met vakantie zijn.

Ik verzamel al een tijdje diepgevroren as. Ik heb tot nu toe een doos of twee vol en één doos ongeveer halfvol. Het is een merkwaardige substantie, diepgevroren as. Soms zit ik een uur naar een open doos bevroren as te staren, zonder dat ik me verveel. Bevroren as ontdooit redelijk traag. Dat vind ik een positief punt.

In de badkamer draai ik de cassetteband om en luister drie keer naar 'Every Day Is Like Sunday', terwijl ik zwijgend in de spiegel kijk. Daarna ga ik naar beneden en zet de *cd Viva Hate* op, waarvan ik alleen 'Every Day Is Like Sunday' beluister, vier keer na elkaar, terwijl ik in een fauteuil zit en naar de flikkerende lichtjes van de cd-speler kijk. Twee keer luister ik met de koptelefoon, twee keer zonder.

Daarna zet ik *Monster* van REM op, maar echt luisteren doe ik niet omdat ik het volume heel laag heb gezet, tussen 1 en 2.

Ik spoel het antwoordapparaat terug. Het is niet Eva die gebeld heeft maar Ilse, de vrouw van de gitarist van de groep waarin ik drum. Ze vraagt of ik Rik, zo heet de gitarist, vandaag al gezien heb en zo ja, of ik wil terugbellen en zeggen waar hij uithangt.

Ik heb Rik vandaag nog niet gezien en dus heeft het weinig zin om Ilse terug te bellen.

Ilse weet niet dat Rik een verhouding heeft met een meisje dat niet ver van de Decascoop

woont. Dat meisje heet ook Ilse. Dat is een slimmigheidje van Rik om zich thuis nooit in de naam te vergissen. Toen ik hem vroeg of hij van plan was om z'n hele leven alleen maar buitenechtelijke relaties te hebben met meisjes die Ilse heten, zei hij: 'Ja.'

Het is nu zes uur. Ik vraag me af of ik straks naar het restaurant zal gaan met een taxi of met m'n motorfiets. Eva kan er niet tegen dat ik in restaurants verschijn met m'n helm in m'n hand en met m'n leren motorjas aan. Het is eens gebeurd dat ik met de taxi ging en m'n helm meenam. Ik had ook m'n motorjas aan. Eva was pissig. Na het eten, toen we buiten stonden, maakte ik een scène dat m'n motorfiets gestolen was. Eva geloofde het en ze vond het wel jammer, zei ze. Maar dat het mijn eigen fout was. Nadien heeft ze nooit meer iets over de diefstal van de motorfiets gevraagd. Ze zei niet eens iets toen ik de volgende dag met de motorfiets naar haar huis kwam. Ze was het gewoon vergeten dat de motorfiets de dag tevoren gestolen was. Maar ze vergeet nooit dat ze er niet tegen kan dat ik met m'n helm en m'n motorjas in een restaurant verschijn.

Je kan Eva ongeveer alles wijsmaken. Ik heb haar wijsgemaakt dat sommige walvissen poten hebben; dat de uitvinder van de balpen Stylo heet; dat een mens bij meer dan 180 °C zijn haar verliest, dat soort dingen. Ze gelooft het allemaal. Ze zoekt niet op of zulke dingen waar zijn. Ze vraagt zich niet af of een mens bij meer dan 180 °C alleen zijn haar verliest. En of hij bijvoorbeeld ook niet smelt. Maar als iemand, ik, maar ook iemand anders – als iemand in een café of een restaurant binnenstapt met een helm in z'n hand, dan is de rest van haar dag verpest.

Nog iets dat Eva gelooft: dat Egypte een eiland is. Toen ik haar dat vertelde zei ze: 'Egypte? Een eiland? Dat wist ik niet.' Ze vroeg niet in welke zee Egypte een eiland is. Volgens mij heeft ze er nog nooit bij stilgestaan dat ieder eiland in een of andere zee ligt; dat dat zo ongeveer de aard van een eiland is.

Het is Eva's geluk dat ze bloedmooi is. En een ander geluk is dat haar ouders rijk zijn. Vroeger kreeg Eva de hele tijd geld van haar vader én van haar moeder. Nu alleen nog van haar vader, maar dat merkt Eva niet eens. Haar vader geeft haar zo veel geld dat het Eva niet uitmaakt of haar moeder haar ook nog geld geeft.

Haar vader is een van die textielbaronnen uit de buurt van Kortrijk. Op een avond zat ik bij Eva

in haar Gentse huis en ik was aan het zappen. Eva heeft een schotelantenne. Als je bij haar zapt, kan je meer dan honderd kanalen ontvangen. Op de Westvlaamse Gewestelijke Zender verscheen ineens haar vader en Eva gilte van de opwinding en het scheelde geen haar of ze ging het tv-scherf kussen. ‘Papa’, riep ze de hele tijd. En ze zei: ‘Hij heeft de das aan die ik voor hem gekocht heb!’ Ik zette het geluid harder en ik kon horen hoe Eva’s vader iets zei over het einde van de crisis dat in zicht kwam (crisis? welke crisis? vroeg ik me af) en dat alles weer in orde zou komen met de Vlaamse economie. Zeker voor het jaar tweeduizendtwee, maar waarschijnlijk nog eerder. ‘Vertelt hij altijd dat soort bullshit?’ vroeg ik aan Eva, maar zij antwoordde niet omdat ze m’n vraag niet gehoord had; ze zat de hele tijd naar haar vader te kijken en te zeggen dat de das die hij droeg, een cadeautje van haar was.

Ik rook drie sigaretten waarvan ik de as niet invries. Ik laat *Monster* opnieuw beginnen bij het begin, nu iets luider.

Die keer, die avond toen Eva’s vader op de Gewestelijke tv was, zei ik tegen Eva dat de uitvinder van de das een Fransman was die Plastron heette. René Plastron. Maar ze luisterde niet toen ik dat zei. Misschien vertel ik het haar vanavond nog een keer. Waarschijnlijk zal ze het geloven en ik ben er bijna zeker van dat haar nieuwe vriendin het ook zal geloven.

Eva’s vorige vriendin, die van de mislukte zelfmoord, geloofde zonder veel moeite dat Egypte een eiland is. Evenmin als Eva vroeg ze in welke zee. Ik denk dat Eva en haar vriendinnen niet eens weten dat bij de verschillende stranden, waarop ze een paar keer per jaar liggen te bakken, verschillende zeeën horen. Dat bij het strand van Knokke een andere zee ligt dan bij het strand van Nice of het strand van Malibu. Ik denk dat, mocht je Eva en haar vriendinnen midden in een Egyptische woestijn droppen, ze zouden denken dat je hen op het strand van Egypte had gelegd, zonder dat ze zich zouden afvragen: waar is de zee die bij dit strand hoort?

De telefoon gaat. Het is alweer Ilse, maar nu Riks vriendin en niet z’n vrouw. Ze vraagt me waar Rik is. Ik zeg dat ik dat niet weet. ‘Thuis, misschien,’ zeg ik.

‘Ja,’ zegt ze, ‘misschien. Zie jij hem nog vandaag?’

‘Nee. Waarom zou ik hem zien?’

‘Ik dacht dat jullie studio-opnamen hadden vanavond.’

‘Nee, die hebben we niet. *Morgenavond* hebben we studio-opnamen. Niet *vanavond*.’

‘Ach zo. Ik dacht dat Rik gezegd had dat het *vanavond* was.’

‘Nee. Ik bedoel, misschien heeft hij het wel gezegd maar dan zit hij fout. Het is *morgenavond*.’

‘Ach zo. Oké dan. Ik vind ‘m wel. Dag.’

We hangen op. Het kan zijn dat ik me vergis, maar ik heb ineens de indruk dat *déze* Ilse een heel licht spraakgebrek heeft.

De koelkast in de keuken zoemt, is nog steeds niet afgeslagen. Misschien is het een eeuwig zoemende koelkast, een die nooit afslaat. Ik doe haar open, en alles lijkt kil en vers, en ik maak voor mezelf een gin-tonic, en als ik de koelkast sluit kan het me niet veel schelen dat ik weer niet met zekerheid weet of het lichtje nog brandt.

Na een tijdje rinkelt de telefoon opnieuw. Hoe het komt weet ik niet, maar ik verwacht een *derde* Ilse, maar het is de manager van de groep, en hij zegt me dat hij een telefoontje heeft gekregen van een pr-meisje van Guess? dat op een foto van de groep onze bassist in een Rifle-jeans had zien staan, en de manager vraagt me of ik niet eens met onze bassist wil praten omdat onze bassist nooit naar hem luistert.

‘Waarom zou hij naar *mij* luisteren?’ vraag ik aan onze manager.

‘Hij kijkt naar je op. Dat weet je,’ zegt hij. Ik denk daarover na en ik zeg: ‘Nee, dat weet ik niet. Waarom zou hij naar me opkijken?’

‘Dat weet ik niet. Het is gewoon zo: hij kijkt naar je op.’

‘Dat is me dan nog nooit opgevallen. Jezus, we zeggen bijna nooit iets tegen elkaar. Waarom zou die klootzak naar me opkijken?’ Ik word op een of andere manier misselijk bij de gedachte dat onze bassist naar me opkijkt. Ik zeg: ‘En dat hij Rifle draagt in plaats van Guess?, dat is jouw probleem.’

‘Niet alleen het mijne,’ zegt de manager, ‘het is een probleem voor de hele groep. Dat weet je.’

‘Oké,’ zeg ik, ‘dat weet ik. *Dat* weet ik.’

‘Praat ‘ns met hem,’ zegt hij.

‘Oké. *Morgenavond*.’

‘Prima.’

We hangen op. Er moet iets met m'n oren zijn, want ik heb – voor het eerst – de indruk dat ook onze manager een licht spraakgebrek heeft.

Ik drink m'n gin-tonic en laat *Monster* opnieuw beginnen, alweer wat luider dan de vorige keer. Ik zet het geluid zachter als de telefoon gaat. Het is de werkster die zegt dat ze morgen niet komt omdat ze ziek is. Ik vraag haar wat ze heeft, op een toon of het me wat kan schelen. Op een toon of ze wekenlijk de enige wekster is in de hele wereld, wier plaats niet kan ingenomen worden door ongeveer een miljoen andere werksters. Ze zegt dat de dokter niet weet wat ze heeft. Ik vraag haar of ze het *zelf* weet. Die vraag lijkt haar te verbijsteren of zoiets. Ze zegt een tijdje niks, en dan: ‘Nee, ik weet het ook niet.’ Ik vraag me af of ik moet zeggen dat *ik* het dan zeker niet weet. Maar dat ik wel een idee heb. Dat ze gewoon veel te *dik* is. Dat ze ziek wordt omdat ze zo vet is. Maar dat zeg ik niet. Ik wens haar beterschap en ze zegt dat ze terug zal bellen als ze weer beter is en ik zeg oké. We hangen op.

Ik zet het geluid van *Monster* weer tussen 4 en 5 en ik bedenk dat ik de naam van m'n werkster vergeten ben. Ik betwijfel ineens zelfs of zij het wel is die zo vet is. Het zou kunnen dat de vette de werkster van de burens is, die ooit 'ns één keer voor mijn werkster is ingevallen. Ik geloof dat die twee werksters familie zijn van elkaar, zusters of iets dergelijks. De ene een vette en de andere een magere. Ja, de mijne is de magere, nu weet ik het weer.

Ik probeer te horen welke tekst de zanger van REM zingt. Hoewel het niet uitmaakt, moet ik besluiten dat ik *niks* versta van wat hij zingt. Dat is ongeveer even veel als wat ik versta als de zanger van mijn eigen groep zingt. Toch hoor ik bij sommige nummers van onze twee cd's tot de backingvocalisten. Ik vind deze nummers zo ongeveer de beste die we ooit gemaakt hebben.

De groep waarvan ik de drummer en nu en dan een backingvocalist ben heet Foaming Vomit. Het valt me weleens op dat niemand er ooit stil bij staat dat die naam, als men er enige aandacht aan zou besteden, iets *betekent*. Dat hij 'schuimend braaksel' betekent. Nee, men denkt bij Foaming Vomit, als men al iets denkt, meteen aan de rockgroep met die naam, de groep die gesponsord wordt door Guess? en waarvan iemand die op mij lijkt de drummer is. Soms ontdekt iemand dat

ik het daadwerkelijk ben.

Zelf begin ik er nooit over dat ik de drummer ben van Foaming Vomit. Als iemand mij vraagt wat ik doe – wat zelden gebeurt – zeg ik wel: ‘Drummer bij Foaming Vomit.’ Ik lijk nooit mensen te ontmoeten bij wie dit antwoord tot een soort hysterie leidt. Fans of zoiets, mensen die het nooit hadden durven dromen dat ze ooit de drummer van Foaming Vomit zouden tegenkomen en die, als ze het wél doen, volledig van de kaart raken. Dat soort mensen lijk ik nooit te ontmoeten. Misschien bestaat dat soort mensen niet.

Ik drink de gin-tonic op en ik trek m'n laarzen aan die gemaakt zijn van boa-constrictorhuid. Ik trek ook een jasje aan van Guess?, en bel een taxi. Daarna ga ik naar buiten en wacht op straat tot de taxi komt. Ik zie een man die bezig is met rond het huis van de burens te lopen. Hij probeert bij alle ramen naar binnen te kijken maar alle blinden zijn naar beneden. Hij hoedt er zich voor om iets aan te raken, en dan zeker niet een muur, alsof hij bang is dat bij het minste een alarm kan afgaan. Dat is ook zo, veronderstel ik.. Op den duur stapt hij op mij toe. Hij vraagt of de burens niet thuis zijn. Ik zeg dat ze met vakantie zijn. Ik voeg daar aan toe: ‘Voor de vierde keer dit jaar,’ om de man jaloers te maken. Hij ziet er niet uit als iemand die het zich kan permitteren om vier keer per jaar met vakantie te gaan. Wel ziet hij eruit als iemand die het zich alleen kan permitteren om *nooit* met vakantie te gaan. Ik vraag hem op de man af of hij een inbreker is. Hij glimlacht grimmig en zegt: ‘Nee.’ Ik vraag hem niet wie of wat hij dan wél is. Hij stapt weg. Wat me vooral aan de man is opgevallen, zijn z'n slechte tanden. Puntig, brokkelig, sommige zwart, andere afwezig. Tevens liep er kwijl uit zijn mond, dat hij niet wegveegde. Hij verdwijnt, zonder nog te hebben omgekeken, om de hoek.

Ik denk eraan dat ik *Monster* heb laten doorspelen. Dan arriveert de taxi. Ik stap in en noem de naam van het restaurant waar ik heb afgesproken met Eva en haar vriendin. De Brugse Poorte. Heel duur. De taxichauffeur vraagt in welke straat het is. Ik vraag hem verbaasd of hij niet weet waar hij De Brugse Poorte moet situeren. Hij zegt dat hij dat inderdaad niet weet. Ik vraag hem, nu al van hem walgend, of hij nieuw is in zijn vak. Hij zegt: ‘Ja.’

Ik vertel hem hoe hij de Brugse Poorte kan bereiken. Hij begint te rijden. Onderweg kijkt hij me nu en dan aan in de achteruitkijkspiegel, erop hopen dat ik hem zal vragen wat hij vroeger

deed. Ik vraag hem niets. Ten slotte kan hij zich niet meer inhouden en hij zegt: ‘Dit is pas m’n tweede week als taxichauffeur. Vroeger was ik vrachtwagenchauffeur.’

‘Een hele overstap,’ zeg ik. Hij vertelt me dat het leven van een vrachtwagenchauffeur veel harder en boeiender is dan het leven van een taxichauffeur. Ik zeg dat ik me dat kan voorstellen. Dat is nochtans niet zo. Hoe zou *ik* me kunnen voorstellen dat het leven van een vrachtwagenchauffeur veel harder en boeiender is dan dat van een taxichauffeur? Bovendien interesseert het me niet hoe hard en boeiend hun levens kunnen zijn.

Hij zegt dat het in de vrachtwagenbranche heel slecht gaat en dat er iedere dag ontslagen vallen. Ik zeg hem dat ik diepgevroren as verzamel. Hij verstaat me niet en zegt dat de overheid ervoor zal zorgen, als ze zo doorgaat, dat de vrachtwagenbranche *helemaal* naar de verdommenis zal gaan. Ik zeg hem dat de overheid daar gelijk in heeft, maar ik denk dat hij alweer niet beseft wat ik zeg.

Ik heb de indruk dat hij bezig is met verkeerd te rijden. Voorlopig zwijg ik daarover en als hij zegt dat hij z’n Scania Vabis Intercooler mist, antwoord ik hem dat ik m’n moeder mis.

‘Wat?’ vraagt hij.

‘Niks,’ zeg ik. ‘Ik denk trouwens dat je verkeerd zit. Daarnet moest je naar rechts en je bent rechtdoor gereden.’

‘Verdomme,’ zegt hij, ‘je hebt gelijk. Maar als ik de volgende rechts neem en dan een eindje terugrijd kom ik er ook.’

‘Als je de volgende rechts neemt dan kan je niet een eindje terugrijden,’ zeg ik, ‘want dan zit je in een eenrichtingsstraat.’ Hij vloekt en vraagt me, bijna wanhopig, wat hij het beste kan doen. Ik zeg dat ik het niet weet. ‘Wacht even,’ zegt hij. Hij parkeert dubbel voor een café. ‘Ik zal het even gaan vragen.’ Als hij het café binnen is, stap ik uit en loop naar de Brugse Poorte. Ik doe er tien minuten over.

In de hal van het restaurant word ik welkom geheten door een ober in een zwart pak, een wit hemd en een groene das. Ik vraag me af wat het nut is van een groene das. Hij vraagt me of ik gereserveerd heb. Ik zeg: ‘Natuurlijk. Of dacht je dat ik hier zo maar zou binnenlopen?’ Hij glimlacht wrang. Voordat hij iets kan zeggen, noem ik de naam van Eva. Hij begeleidt me naar

haar tafel. Ik groet haar door haar op een wang te kussen. Ze draagt een zwarte jurk van Armani of zo iemand. Geen juwelen. Ik ga zitten. Eva stelt me voor aan haar nieuwe vriendin, die een donkerblauwe jurk draagt. 'Dit is Eva,' zegt ze, 'we hebben dezelfde naam.' Het meisje bekijkt me en zegt 'Hoi.' Ik zeg ook 'Hoi.'

Eva zegt: 'We zijn alvast begonnen met het aperitief. We hebben sherry genomen. Wat wil jij? Ze wenkt een kelner. 'Gin-tonic,' zeg ik tegen de jongen. Hij knikt en gaat weg.

'Waarom draagt het personeel groene dassen?' vraag ik aan Eva, alsof zij het zou weten.

'Draagt het personeel groene dassen?' vraagt ze. 'Nog niet op gelet. Ben je met de taxi gekomen?' Ik zeg 'Ja' en vraag hoe *zij* gekomen zijn. Eva zegt: 'Met de Kharmann Ghia van Eva.'

'Waarom zijn jullie niet met *jouw* Kharmann Ghia gekomen?' vraag ik haar.

'Hoezo?' zegt ze. 'Is het niet om het even met wiens Kharmann Ghia we gekomen zijn? Jezus.'

De andere Eva opent ineens haar mond en vraagt: 'Heb jij geen Kharmann Ghia?'

'Nee,' zeg ik, 'ik heb een motorfiets. Een Cortina 1200 cc.'

De andere Eva staart me aan. Geen van beide meisjes vraagt me of Cortina een merk is van motorfietsen (wat het niet is), terwijl Eva al minstens een dozijn keer heeft kunnen zien dat m'n motorfiets een donkerblauwe Honda Shadow 600 is.

De kelner brengt me de gin-tonic en vraagt of we al hebben gekozen.

'Ik heb nog niet eens een menukaart,' zeg ik.

De jongen wordt hoogrood (waarom? waarom moet je hoogrood worden als blijkt dat iemand nog geen menukaart heeft?) en hij zegt: 'Excuseer, meneer,' en hij holt om een menukaart. 'Bedankt,' zeg ik. Ik vraag aan de meisjes: 'Hebben jullie al gekozen?'

'Wat?' zegt Eva.

'Of jullie al gekozen hebben?'

'Nee.'

De andere Eva zegt dat ze ook nog niet heeft gekozen. We beginnen in de menukaarten te bladeren. Na een tijdje zegt de andere Eva: 'Ik denk dat ik... *iets* neem. Maar ik weet nog niet wat.'

We gaan door met bladeren. Terwijl ik namen van gerechten lees zeg ik, eerder tegen Eva dan

tegen de andere Eva: 'Heb je nu gezien dat de ober en de kelners groene dassen dragen?'

Ze bekijkt me. Ze vraagt zich af waar ik het over heb. Omdat dat de makkelijkste oplossing is, een passe-partout, zegt ze: 'Nee.'

'Weten jullie,' zeg ik, na een diepe zucht, 'dat de das uitgevonden is door een Fransman die René Plastron heet?'

'Ja,' zegt de andere Eva. Ik kijk haar aan. 'Weet je het zeker?' vraag ik haar. Ze lijkt te gaan blozen maar kan zich beheersen en ze zegt: 'Nee.' Ik kijk in haar ogen en vraag haar: 'En weet je dat Egypte een eiland is?'

Eva kijkt verstoord op uit haar menukaart en snauwt: 'Dat weet toch iedereen. Je moet niet altijd uitpakken met je kennis.'

'Ik wist dat niet,' zegt de andere Eva, waarop Eva bits zegt: 'Het is niet belangrijk. Of Egypte een eiland is of niet, daar kan niemand iets aan veranderen.'

'Nee,' zeg ik, 'je hebt gelijk. Dat Egypte een eiland is, daarmee moeten we leren leven.'

Het bestuderen van de menukaarten gaat door, tot ik ineens zeg, bijna mompel: 'Er is een oud Chinees spreekwoord dat zegt: *Er bestaan twee volmaakte mensen. De één is dood en de ander is nog niet geboren.*' De beide Eva's kijken mij strak aan. Na een pauze zeg ik: 'Ik denk dat ik geen van beide ben.'

Ze weten niet of ze wat ik gezegd heb alleen maar onbegrijpelijk moeten vinden of ook zoiets als... angstaanjagend. Na een tijd zegt Eva, opnieuw behoorlijk bits: 'Ik wist niet dat jij Chinees kende,' waarna de andere Eva om een of andere onachterhaalbare reden meteen zegt: 'Chinees is heel moeilijk.' Deze Eva voelt zich duidelijk niet erg op haar gemak. Ik laat haar ongemakkelijkheid even bezinken, en zeg dan: 'Er is ook een Japans spreekwoord. Het zegt: *Wat je het meest moet vrezen, is het vuur van vergeten as.*' Ik verwacht dat ze zal zeggen: 'Japans is ook heel moeilijk,' maar nee, ze zwijgt en ze kijkt hulpeloos naar Eva. Die klapt eindelijk de menukaart dicht en zegt: 'Laten we gaan eten.'

'We hebben nog niks besteld,' zeg ik.

'Nee...? Laten we dan eerst bestellen... Ik neem...' Ze bladert opnieuw door de menukaart.

Niet veel later zijn we in staat om onze bestellingen door te geven aan de kelner. Ik let op de Eva's maar geen van hen lijkt aandacht te besteden aan de das van de jongen. Eva vraagt de gestoofde kreeft met sauternes. De andere Eva vraagt hetzelfde en ik vraag de trilogie van grenaille-aardappeltjes met Toscaanse olijfolie, al zou ik bij God niet weten wat dat is. De kelner vraagt of we wijn willen en reikt me de wijnkaart aan. 'Wijn...' mompel ik, 'wijn...' Ik blader door de kaart. Zonder enig verstand van zaken bestel ik een fles Château Cissac, en de kelner feliciteert me met mijn keuze.

We wachten op het eten. De andere Eva zegt: 'Eva heeft me gezegd dat jij de drummer bent van Foaming Vomit.'

'Ja, dat klopt,' zeg ik.

'Ik draag ook geregeld Guess?' zegt de andere Eva.

'Ja?' vraag ik. Een andere vraag valt me niet meteen te binnen, tot ik op deze kom: 'Wat vind je van onze cd's?'

'Jullie cd's?' De andere Eva denkt na. 'Hebben jullie ook...'

'Ja,' onderbreekt Eva haar nors, 'ze hebben cd's. Twee. Ik geef je ze wel 'ns cadeau. En laten we nu ophouden over muziek, ik heb hoofdpijn.'

'Dan zwijgen we wel even,' zeg ik. Dat doen we. Onbeschaamd bekijk ik de andere Eva, die haar ogen neerslaat en met een vork streepjes trekt in het tafellaken. Ze heeft een mooie kop, grote tieten en lang, glanzend haar. Ik ben er bijna zeker van dat ze Redken gebruikt. Ik zou het haar kunnen vragen maar misschien raakt ze van die vraag in paniek.

Het eten laat wel erg lang op zich wachten. Nadat ik naar mijn mening voldoende de andere Eva heb bekeken, kijk ik naar andere mensen in het restaurant. Er zijn er niet zoveel en het zijn mannen en vrouwen, allemaal rijk want anders zouden ze hier niet zitten. Verder heeft niemand iets opvallends. Ik bedenk ineens dat de man die daarstraks rond het huis van de burensloof wellicht toch een inbreker was. Het soort wanhopige inbreker dat nu en dan rond huizen sluipt waarvan hij weet dat hij er nooit zal inbreken. Omdat hij daar de kennis, de kracht en de durf niet voor bezit. Vanwege het alarm, de oninneembare klasse van de huizen, de geregeld patrouillerende politie, de macht van de afwezige bewoners én van de burensloof. Het verste dat zo'n inbreker gaat is van dichtbij

naar dat soort huizen te kijken, en als iemand hem betrapt en hem vraagt 'Ben je een inbreker?' 'Nee' zeggen en wegstappen.

Eva vraagt: 'Heb jij Rik gezien vandaag?' Ik zeg 'Nee.' 'Ilse vroeg waar hij uithing,' zegt Eva.

Ik vraag: 'Welke Ilse?'

'Hoezo welke Ilse? Rik z'n vrouw natuurlijk. Bestaan er nog meer Ilse's?

'Ik ken een Ilse,' zegt de andere Eva, 'maar haar man heet niet Rik. Ik weet niet hoe hij heet. Ze heeft geen man, geloof ik. Ze doet modellenwerk voor een bureau in... Antwerpen... Nee, Brussel... Ilse heet ze... denk ik...'

Het eten arriveert. Een kelner, een andere, laat me van de wijn proeven. Ik zeg dat de wijn oké is. Ik vraag hem of hij de as uit alle asbakken wil verzamelen in een plastic zak, zonder peuken. Hij zegt mij dat dit niet mogelijk is. 'O,' zeg ik, 'dat wist ik niet. Excuseer voor het vragen.' Hij zegt dat het niet erg is en schenkt voor iedereen wijn in.

Het ziet er naar uit dat de Eva's uren over hun kreeften zullen gaan doen. Eva werpt me vernietigende blikken toe terwijl ik als een gek mijn eigen schotel naar binnen schrok. Mijn glas wijn laat ik onaangeroerd. Als ik klaar ben met eten, zeg ik tegen de andere Eva: 'Heeft Eva je al verteld dat sommige walvissen poten hebben?' Ze laat haar vork op haar bord kletteren. 'Nee...' stamelt ze, en ze zegt tegen Eva: 'Waarom heb je dat nog niet verteld, Eva?' Ze begint te huilen. 'Ik dacht dat we vriendinnen waren...'

Eva wordt boos op mij. 'Is het nu echt nodig om *altijd* ruzie te stoken tussen mij en m'n vriendinnen?' sist ze, rood kleurend van woede. De andere Eva zit nu volop te huilen. Eva zegt: 'Kom... Kom mee naar het toilet...' Ze begeleidt de schokkende andere Eva in de richting van de wc's. Een kelner komt vragen of er iets aan de hand is. Ik verzeker hem dat dit niet zo is. Ik vraag hem om de rekening te brengen. Dat doet hij. Ik betaal. Daarna verlaat ik het restaurant, nadat de ober me heeft gevraagd of alles naar wens was en ik hem 'Ja' heb geantwoord en hem vijfhonderd frank fooi heb gegeven.

Fotografie

We zitten in de studio waar onze derde cd opgenomen wordt. ‘We’ zijn Foaming Vomit, waarvan twee van de vier leden vanavond afwezig zijn: de zanger, die bij deze opname niks te zingen heeft, geloof ik, en de bassist, die, zoals hij dat gewoon is, niet is komen opdagen. Zijn partijen worden ingespeeld door een studiomuzikant, net zoals *mijn* partijen ingespeeld worden door een studiomuzikant, én die van de gitarist, Rik.

Samen met hem, Rik, zit ik in de aparte Foaming Vomit-studiobar en we hebben aan het bedienende meisje elk om een gin-tonic gevraagd.

Ik heb er geen probleem mee dat een studiomuzikant mijn partijen inspeelt. Hij is een veel betere drummer dan ik. Wel ziet hij eruit als een krankzinnige idioot: kalend, slecht gekleed, lelijk gebit. En hij ruikt angstaanjagend, ook vanaf een respectabele afstand. Zonder twijfel heeft hij een erfelijke lijfwalm.

Rik kijkt naar de vloer, hij heeft z’n gin-tonic nog niet aangeraakt. ‘We hebben nog twee songtitels nodig,’ zegt hij. ‘Niet de teksten, die bestaan al, die heeft iemand geschreven. Maar we hebben nog geen titels voor twee van de teksten, schijnt het. Twee... *titels*...’ Hij staart voor zich uit alsof hij zich afvraagt waarom songs titels nodig hebben. Ik vraag mij dat soms ook af. Ik zeg: ‘*Get Eve... en... Whales... Whales with... Of nee, Whales on Wheels.*’ Ik schaam me diep voor het verzinnen van deze songtitels, maar dat laat ik niet blijken. Rik zegt dat het uitstekende songtitels zijn, en hij ziet een pen op tafel liggen en wil de songtitels noteren op een servet maar eerst vraagt hij hoe die songtitels ook weer luiden. Ik zeg het hem en nu vraagt hij me om de titels te spellen. Nadat hij ze op het wakke papier heeft gekregen en erboven SONGTITELS heeft geschreven wenkt hij het meisje dat achter de bar staat. Hij zegt haar dat ze het servet naar de producer in de studio moet brengen. Ik vraag me af wat de producer aan moet met, ineens, twee songtitels die op een servet gekrabbeld zijn in Riks kinderlijke handschrift.

‘Is er al een cd-titel?’ vraag ik aan Rik.

‘Nee,’ zegt hij.

Onze manager komt de bar binnen, met een meisje aan z'n zijde. 'Dit is Taïs,' zegt hij, 'zij gaat de hoesfotografie van de nieuwe cd doen.'

We bekijken haar en we zeggen 'Hoi.' Dan vraagt Rik aan onze manager, die Kurt heet: 'Wanneer?'

'Wanneer wát?' vraagt Kurt.

'Wanneer gaat ze de fotografie doen?'

'Volgende maand een hele week. Van maandag tot en met zondag.'

Rik zwijgt. Ik ook, tot ik aan Taïs vraag: 'Ben jij beroemd? Ben jij een beroemde fotografe?'

Ze zegt: 'Ja,' en daarna zegt ze: 'Maar nu moet ik naar het toilet.' Ze verlaat de bar.

'Ze zegt dat ze beroemd is...' zegt Rik tegen Kurt. 'Is dat zo?'

'Natuurlijk,' antwoordt Kurt.

'Oké dan,' zegt Rik. Hij draagt niet alleen een jeans, een hemd en een jasje van Guess?, zie ik, maar ook *schoenen*. Ik wist niet dat Guess? ook schoenen had. Ik vind het bizar dat ik dat niet wist.

Kurt vraagt aan het barmeisje, dat terug is van haar tocht naar de producer met het servet met twee songtitels erop, om een kop koffie. 'Is Bart ergens in de buurt?' vraagt hij. 'Nee,' zeg ik. Bart is onze bassist. 'Heb je hem al gesproken over z'n probleem met Guess?'' vraagt Kurt mij.

'Nee,' zeg ik, 'ik heb nog geen tijd gehad. Ik ben een... dichtbundel aan het schrijven.'

'Een dichtbundel...' mompelt Rik niet-begrijpend. Ongetwijfeld kan hij er met z'n verstand niet bij dat iemand ooit een dichtbundel zou willen schrijven. Ik kan daar evenmin bij met m'n verstand. Dat ik bezig zou zijn met het schrijven van een dichtbundel is een ordinaire *leugen*.

'Spreek hem zo vlug mogelijk aan over de Guess?-kwestie,' zegt Kurt tegen mij. 'Guess? is bij lange niet tevreden.'

'Is Guess? ooit tevreden?' vraagt Rik ineens. 'Is *iemand* of *iets* ooit tevreden?' Kurt denkt enige tijd na en antwoordt dan: 'Dat weet ik niet.'

Rik kijkt naar z'n gin-tonic, twijfelt, maar raakt het glas niet aan. Kurt slurpt van z'n koffie. Ja, hij slurpt, dat valt me op. Ik vraag me twee dingen af: waarom slurpt Kurt, en: waarom valt het me op?

Taïs komt weer binnen. Het barmeisje vraagt aan Taïs of ze iets wil drinken. Taïs denkt na.

‘Nee,’ zegt ze, ‘ik heb geen dorst.’ Ze gaat zitten, en ze kijkt naar een foto aan de muur. Daarop staat om een of andere reden een olifant met maar één slag tand. Voor de rest lijkt de olifant helemaal in orde te zijn en ziet hij er behoorlijk tevreden uit: hij *grijnst*.

Ik kijk naar Taïs, die klein en tener is, maar vrouwelijk en belachelijk mooi. Ik vraag haar... Of nee, ik besluit om haar voorlopig (of misschien nog langer) *niets* te vragen.

De telefoon rinkelt. Het barmeisje beantwoordt de oproep. Ze zegt even later: ‘Rik, het is voor jou.’

‘Dat gevaar bestond,’ zegt Rik, en hij staat op en neemt de telefoon over van het barmeisje, dat Inge heet en dat ook belachelijk mooi is. Na een tijdje, niet lang, geeft Rik de telefoon terug aan Inge. ‘Ik moet weg,’ zegt hij, ‘Ilse heeft haar Kharmann in de prak gereden.’

‘Welke Ilse?’ vraag ik. Rik bekijkt me, en zegt dan: ‘Shit.’ Verward en opgewonden stapt hij weg.

‘Wie is Ilse?’ vraagt Taïs.

‘Z’n vrouw,’ zeg ik, ‘maar ook iemand anders.’ Ik bedenk dat het niet écht abnormaal is dat Rik niet precies weet welke Ilse haar Kharmann Ghia in de prak heeft gereden. Ze hebben er immers allebei een. Of er is een derde Ilse of een vierde, die er ook een heeft.

Ik zit in de bar met Kurt, Taïs en Inge. Je kan zien aan de nerveuze gebaren en de blikken van Kurt dat hij verliefd is op Taïs. Dat veronderstel ik althans, hoewel ik me niet kan voorstellen dat Kurt ooit verliefd op iemand is. Ik vraag hem: ‘Kurt, ben jij... verliefd op Taïs?’

Ik weet niet hoe het komt, maar die vraag lijkt voor een soort onbehaaglijkheid te zorgen in de ruimte waarin we zitten. Het is tenslotte niet Kurt, maar Taïs die haar beantwoordt. Ze zegt: ‘Ik ben er zeker van dat Kurt niet verliefd is op mij. En ik niet op hem. We zijn niet eens vrienden.’ Ik kijk naar Kurt, ik zoek naar een uitdrukking op zijn gezicht die bevestigt of ontkent wat Taïs heeft gezegd. Ik vind die uitdrukking niet. Hij zwijgt. Tot hij ineens opstaat en de bar verlaat. Ik meen te kunnen horen dat hij snikt, maar daar ben ik niet echt zeker van. Taïs staat ook op, maar dan gaat ze weer zitten. Ze wil iets zeggen, bedenkt zich en zegt even later toch iets: ‘Ik ken Kurt helemaal niet. Het is vandaag pas de derde keer dat ik hem ontmoet.’

‘Pas de derde keer?’ zeg ik, op een toon alsof ik verwacht had dat ze elkaar al meer dan drie keer hadden ontmoet.

‘Ja, de derde keer,’ zegt Taïs. Ze richt zich vervolgens tot Inge en zegt haar dat ze ondertussen toch dorst heeft gekregen en dat ze een glas water zou willen. Inge brengt het. Ze vraagt of ik nog een gin-tonic wil. Ik zeg: ‘Ja.’

Taïs drinkt van het glas water en dan vraagt ze: ‘Wie heeft die foto van die olifant gemaakt?’ Ik zeg haar dat ik dat niet weet en ik vraag aan Inge of zij het weet. Inge zegt: ‘Ja, dat weet ik... Dat was... Ik ben het vergeten... Het is de oorspronkelijke hoesfoto van de cd van...’ Ze spant zich in om op de naam van een of andere rockgroep te komen, maar het wil niet meteen lukken. ‘De zanger heeft van dat korte bruine haar,’ probeert ze haar geheugen op gang te brengen. ‘Hij heet... Luk, denk ik. En de gitarist... De gitarist... heet... ook Luk...’

‘Laat maar,’ zegt Taïs, ‘het is gewoon zo dat die foto niet deugt. De encadrage is verkeerd.’

‘Hoezo?’ vraag ik haar. Mij is het niet eerder opgevallen dat de encadrage verkeerd is.

‘De struiken links op de heuvel achter de olifant staan er niet geheel op,’ zegt Taïs, ‘en dat maakt de hele foto lelijk.’ Ik kijk naar de struiken links op de heuvel achter de olifant, ik kijk zelfs heel aandachtig, maar of ze er geheel op staan, daar kom ik niet uit. Ik zeg: ‘Wat nog meer opvalt is dat de olifant *grijnst*.’ Nu kijken Inge en Taïs heel aandachtig naar de foto. Taïs zegt niks, maar Inge zegt: ‘Elephant. Nu weet ik het weer. Zo heet die groep. Elephant.’

‘Is er niet al een andere groep die zo heet?’ vraag ik, waardoor Inge in de war raakt. ‘Ja...?’ zegt ze. ‘Is dat zo? Ik dacht dat Elephant de enige groep was die... welja, die... Elephant heette. Hun zanger en hun gitarist heten allebei Luk... Ik denk dat...’

Ze maakt haar zin niet af. Taïs herhaalt dat de foto niet deugt en dat ze nog nooit gehoord heeft van een groep, of twee groepen, die Elephant heten.

Ik zeg: ‘De Elephant die ik ken hebben tijdens een tournee in Spanje een roadie verloren. Na een concert was die roadie er ineens niet meer. Ze hebben nog gezocht, maar teruggevonden is hij nooit.’ Ik herinner me dat die roadie Herbert heette, een Nederlander.

De producer komt de bar binnen, gevolgd door Kurt en de studio-drummer. Kurt kijkt niet naar Taïs en zij niet naar hem. Waarom blijft zij eigenlijk zitten? Valt er met haar nog iets te bespreken of blijft ze zo maar, voor de *gezelligheid*?

De studio-drummer stinkt naar iets rots. Bedorven zweet vermengd met oude pâté, zoiets. De producer zegt dat nu al zes nummers ingeblikt zijn. Hij vraagt waar Rik is, want dat hij hem wil feliciteren met het verzinnen van de titels 'Get Eve' en 'Whales on Wheels'. Hij zegt dat hij zelfs wil voorstellen om het hele album *Whales on Wheels* te noemen, ofwel *Get Eve*.

Ik vraag aan de producer waarover de tekst die als titel 'Whales on Wheels' heeft gekregen, gaat. Hij fronst z'n wenkbrauwen en zegt: 'Dat moet je aan de tekstschrijver vragen.'

'Wie is de tekstschrijver?' houd ik aan. Niemand weet het. Kurt denkt dat het Bart is. Dat zou kunnen, want Bart is degene die altijd weigert om een songtekst een titel te geven. De producer denkt dat het Yves is, de zanger, die de tekst heeft geschreven, al weet hij niet precis van welke tekst hij dat denkt. Ook Yves geeft niet alle teksten die hij schrijft een titel; hij vergeet het soms. 'Waar is Yves trouwens?' vraagt Kurt.

'Hier is hij niet,' zegt Inge.

'Hij hoefde hier niet te zijn,' zegt de producer. 'We hebben vandaag uitsluitend met de ritmesectie gewerkt. Wil iemand de resultaten horen?'

Niemand zegt: 'Ja.' De producer mompelt iets in zichzelf en vraagt aan Inge hem een whisky te geven. De drummer ligt met zijn hoofd op de tafel te slapen.

Taïs zit alweer naar de foto met de olifant (en de struiken op de heuvel) te kijken. Het zou me niks verwonderen als ze *jaloers* was. Jaloers omdat de andere fotograaf in staat is grijnzende olifanten te fotograferen, en zij niet. Maar ik ben er niet van op de hoogte of Taïs wel of niet in staat is grijnzende olifanten te fotograferen. Ik ken haar werk niet. Haar werk interesseert me ook niet.

Over fotografie ben ik van mening dat een fotograaf zo goed of zo slecht is als z'n camera. Fotografen met de duurste camera's zijn de beste fotografen.

De sessiedrummer stinkt nog erger als hij slapt dan als hij wakker is.

Ik vraag aan Inge, die vergeten is om me een gin-tonic te brengen, of ze de as uit de asbakken in een plastic zak wil verzamelen. 'Oké,' zegt ze. 'Zonder peuken of ander afval,' licht ik toe.

'Dat wéét ik,' zegt ze op de pruilende toon van iemand die zich in haar beroepseer gekrenkt voelt.

Mocht ik tegen Eva of haar vriendin Eva zeggen dat as verzamelen in een plastic zak, zonder

peuken, een eerbaar en erkend beroep is, met een eigen vakbond enzovoort, ze zouden het geloven, daar twijfel ik geen moment aan.

Ik heb van Eva, sedert de toestand in De Brugse Poorte, niks meer vernomen, zo valt me ineens te binnen. Dat stemt me niet tevreden maar ook niet ontevreden, ik stel me daaromtrent geen enkele specifieke vraag.

Inge staat een sigaret te roken. De as daarvan deponereert ze meteen, zonder het tussenstadium van een asbak, in een ongeveer voor driekwart met zuivere as gevulde doorzichtige plastic zak. Uiteindelijk dooft ze haar sigaret – dit doet ze wél in een asbak – waarna ze de zak afsluit met een elastiekje en naar mij toekomt om mij de zak te overhandigen. ‘Asjeblief,’ zegt ze.

‘Dank je wel, Inge,’ antwoord ik. Ik vraag haar of ze een taxi wil bellen.

‘Ga je weg?’ vraagt Kurt.

‘Ik denk van wel,’ zeg ik, en hierna: ‘Eerlijk gezegd ben ik er zeker van.’

‘Zie je Bart nog vandaag?’

‘Wie?’

‘Bart. In verband met de Guess?-kwestie. Dat is redelijk dringend.’

‘Jezus, waarom zou ik Bart nog zien vandaag? Daar is echt geen enkele reden voor, Kurt.’

‘Hem spreken over de Guess?-kwestie is een reden.’

‘Ja?’ vraag ik hem, ‘is dat een *reden*?’ Kurt zwijgt.

Midden in haar gesprek met de producer staat Taïs op en ze vraagt mij waar ik heen ga met de taxi. ‘Naar huis,’ zeg ik. Ze vraagt waar ik ongeveer woon. Ik zeg dat ik ongeveer in de Leeuwstraat woon, nummer honderdtweëndertig. Ze zegt dat zij in de Hofstraat woont, heel dicht bij de Leeuwstraat, en dat het haar handig lijkt om met dezelfde taxi als ik naar huis te gaan. Dat beaam ik.

Kurt springt op van z’n stoel en zegt gejaagd tegen Taïs dat hij haar naar huis wil brengen in z’n Kharmann. Door het omvallen van Kurt z’n stoel schiet de sessiedrummer wakker. ‘Intraveneus!’ roept hij met uitpuilende ogen. Dan beheerst hij zich, kijkt om zich heen, en zegt: ‘Sorry, ik was aan het dromen.’ Niemand vraagt waarover hij heeft gedroomd, of wat in zijn droom de rol was van iets intraveneus.

Taïs zegt tegen Kurt: 'Nee, het lijkt me eenvoudiger om met een taxi te gaan.' Kurt zet z'n stoel recht, gaat zitten, en probeert het trillen van z'n onderlip tegen te houden.

De producer vraagt, net als daarstraks, of iemand de opnames van vandaag wil horen. 'Nee,' zeg ik, en dan tegen Taïs: 'Kom, de taxi zal er zo ongeveer zijn.' Taïs zegt tegen Kurt dat hij haar moet bellen of biepen of faxen of internetten als hij bijzonderheden heeft in verband met de fotosessie. Kurt antwoordt niet. Ik zeg 'Tot ziens' tegen de grijnzende olifant en loop door het studiocomplex heen naar de uitgang, gevolgd door Taïs.

We staan buiten te wachten op de taxi. Taïs vraagt wat ik denk van de hoesfotografie voor de nieuwe cd, of ik kleur zou prefereren, of zwart-wit.

Ik weet niet hoe ik op die vraag moet antwoorden, de kwestie is: kleur laat me koud en zwart-wit ook. 'Groen,' lieg ik ten slotte. 'Ik hou enorm van groen.'

'Bedoel je de hele groep in groen?' vraagt ze, 'aangenomen dat we een foto van de groep op de hoes zetten?'

'Dat zou kunnen,' zeg ik. 'Een andere mogelijkheid is: alleen *ik* in groen, en de rest in... blauw.' Taïs lijkt hierover na te denken. De taxi arriveert. We stappen in en gaan allebei op de achterbank zitten. 'De Hofstraat,' zeg ik tegen de chauffeur.

'Nummer zestien,' zegt Taïs.

'De Hofstraat, de Hofstraat...' mompelt de chauffeur. 'Is dat in de buurt van...'

'Ja,' onderbreek ik hem. Hij begint te rijden. Al bij de eerste mogelijkheid waar hij naar links kan, en ook móet om in de buurt van de Hofstraat te komen, rijdt de chauffeur rechtdoor. Het lijkt Taïs niet op te vallen.

De chauffeur is een dikke, afschuwelijke, zenuwachtige man. Z'n blik flitst voortdurend van de ene achteruitkijkspiegel naar de andere.

Hij rijdt een fietser omver. Hij vloekt en remt. 'Wat is er gebeurd?' vraagt Taïs geschrokken.

'De taxichauffeur heeft een fietser doodgereden,' zeg ik.

'Dood?! Hoezo dood?!' schreeuwt de taxichauffeur. Hij duwt z'n portier open en loopt waggelend in de richting van de fietser, waar al een groepje mensen omheen staat. 'Mijn God,' zegt Taïs.

‘Kom,’ zeg ik. We verlaten de taxi. Taïs denkt dat ik ook naar de fietser wil gaan kijken, maar dat is niet zo. Als ze in de richting van het tumult wil stappen, neem ik haar bij de arm, en ik zeg: ‘We moeten ergens anders heen.’ Ze kijkt me niet-begrijpend aan. ‘We moeten naar *huis*,’ zeg ik.

‘Maar die fietser...’ zegt ze.

‘Die heeft al hulp te veel,’ zeg ik. ‘Bovendien kennen we hem niet. Ik bedoel, mocht het een bekende zijn, dan misschien... Maar nu, nee. Kom.’

‘Hoe weet je dat het geen bekende is?’ zegt Taïs. ‘Heb je zijn gezicht gezien? Of háár gezicht? Hoe weet je dat het geen bekende is?’

‘Nee, ik heb geen gezicht gezien. Maar het is zeker een onbekende, omdat... ik geen enkele fietser ken. Kom mee.’

Ik begin te stappen, Taïs volgt me en komt naast me lopen. ‘We zijn nog ik weet niet hoever van huis,’ zegt ze.

‘Dat weet ik, dat weet ik.’

‘Gaan we helemaal te voet naar huis?’

‘Ik hoop van niet.’

Ik stap zwijgend door, tot ik na een tijd ineens halt houd. Ik zie de Kharmann Ghia van iemand staan. Van... Bart. Ik bekijk de omgeving. Ja, Bart, die woont hier ergens. In het herenhuis met de twee balkons. Ik ga erheen en druk op de bel. ‘Wie woont hier?’ vraagt Taïs, ‘een kennis?’

‘Allicht,’ zeg ik, ‘ik ben niet zo wanhopig om bij zomaar iemand aan te bellen.’ Ik bel nog eens, en zeg: ‘Hij heet Bart. De bassist van Foaming Vomit. Hij draagt Rifle-spullen. Verder kan ik je weinig over hem zeggen.’

We wachten. Iemand doet open. Het is Bart. Hij draagt een kimono. Ik weet niet of Rifle kimono's heeft. Hij vraagt wie we zijn, tot hij mij herkent. ‘Kom binnen,’ zegt hij.

We volgen hem naar de woonkamer van het huis. Hij heeft muziek opstaan, iets met gitaren. Bart wijst naar een tweezitsbank en zegt: ‘Ga zitten.’ Zelf gaat hij in een fauteuil zitten. In een andere fauteuil zit een stokoude vrouw. Ik schat dat ze in de zeventig is. Bart zegt tegen haar: ‘Dat is de drummer van Foaming Vomit en dat meisje ken ik niet.’

‘Ik ben Taïs,’ zegt Taïs, ‘fotografe.’

‘Ze is beroemd,’ zeg ik, en dan zeg ik tegen de oude vrouw: ‘Dag mevrouw.’

‘Zeg maar Evelien,’ zegt ze. ‘Voor de rest hoef je niks te zeggen als je dat niet wenst. Ik ben de grootmoeder van Bart.’

‘Dag Evelien,’ zegt Taïs, ‘aangenaam.’

‘Dag Evelien,’ zeg ik op mijn beurt, en dan, als in een reflex: ‘Mag ik... je iets aanbieden?’ Ik geef haar de plastic zak die ik al de hele tijd sinds ik de studiobar heb verlaten in m’n hand heb.

Ze neemt de zak aan, kijkt er naar tegen het licht, en plaatst hem naast de fauteuil op de grond. ‘Dank je wel,’ zegt ze, ‘heel vriendelijk.’

Ik bedenk dat het toch wel *enigszins* vreemd is dat niemand ervan opkijkt als je een oude vrouw een zak as aanbiedt. Integendeel: niemand zegt wat, behalve de oude vrouw zelf, die niks meer zegt dan dat ik vriendelijk bedankt ben.

Nu zegt ze: ‘Bart, bied die mensen iets te drinken aan.’ Bart opent zijn ogen, en vraagt wat we willen drinken. Ik vraag wat hij in huis heeft. ‘Dat weet ik niet,’ zegt hij, ‘ik denk... alles.’

Ik vraag om een gin-tonic. Taïs zegt dat voor haar een glas water voldoende is. Bart staart ons aan alsof we iets onmogelijks vragen. ‘Kan iemand me helpen?’ vraagt hij terwijl hij zich overeind hijst. ‘Ik wil wel,’ zegt Taïs en ze volgt hem, waarschijnlijk naar de keuken.

De vrouw in de fauteuil schenkt zichzelf bij, in een klein glaasje, uit een fles geelachtige, stroperige likeur. Nadat ze een teugje heeft genomen, zegt ze ineens tegen mij: ‘Ik was ooit da eerste vrouw in ons dorp die voetbalde.’

Ik laat die woorden tot mij doordringen en zeg dan, in mijn verbijstering: ‘Mijn god, en... heb je veel gescoord?’

Ze glimlacht en zegt: ‘Ach nee, ik was meer het verdedigende type. Altijd geweest. Niet enkel in het voetbal. M’n gehele leven al heb ik eerder voor de verdediging dan voor de aanval gekozen.’

Ik weet niet waarom maar ik besluit om nog even op het voetbal onderwerp door te gaan, en vraag: ‘En je ouders, Evelien? Konden zij ermee akkoord gaan dat hun dochter voetbalde? Ik bedoel, in die tijd moet dat toch—’

‘Het was iets uitzonderlijks, inderdaad,’ onderbreekt zij mij. Zij nipt nogmaals aan haar likeur, en gaat door: ‘Het georganiseerde vrouwenvoetbal bestond nog nergens. Ik kon dan ook bij geen enkele club toegang krijgen. Ik diende mij te beperken tot het meetrainen met de jongens. Wedstrijden echter, daar kon ik aanvankelijk niet aan meedoen. Aanvankelijk zeg ik, want op zekere dag kwam iemand, ik weet niet meer wie, op het idee om mij te vermommen als een jongen. Dat was niet zo moeilijk: ik had kleine borsten, kort haar, ook op mijn benen, en een fors figuur. Aldus heb ik tien wedstrijden ongemerkt meegespeeld in het reserve-elftal van SK Maldegem. Tot ik zwaar geblesseerd werd. Niet enkel mijn kniebanden waren gescheurd, maar ook was mijn pink gebroken. Dat kan je nog altijd zien, na al die jaren.’ Ze steekt haar linkerhand uit om mij de pink daarvan te tonen. Ik buig voorover om te kijken. De pink staat helemaal scheef. Ze trekt haar hand weer terug, en zegt: ‘Maar je vroeg wat mijn ouders ervan dachten? Weinig, want ik was al heel vroeg wees. Ik heb mezelf moeten opvoeden, in allerlei gestichten en jeugdinstellingen. Die stonden in die tijd nog nergens, dat kan ik je verzekeren.’ Ze nipt mijmerend aan haar piepkleine glas, schenkt dat vervolgens weer vol en nipt opnieuw.

Ik zeg: ‘Ja... Hoeveel leed kan een mens verdragen...?’

Ze zegt: ‘Dat weet ik niet. Veel, volgens mij.’

Ik heb de indruk dat ze niet veel zin meer heeft, of kracht, om nog verder te praten. Bovendien sluit ze haar ogen, en na een minuut of vier, vijf gaat ze over tot sluimeren, waarbij haar mond zich opent en haar hele hoofd opzij valt. Ik probeer me haar voor te stellen in een voetbaluitrusting en vraag me af welk rugnummer ze gedragen zou hebben. Ik gok op drie.

De muziek is verstomd en ik hoor ergens andere geluiden, zij het geen typische keukengeluiden. Eerder geluiden die uit een slaapkamer komen. Ik sta op, zoek, vind de keuken, waarin zich niemand bevindt. Ik zoek verder, waarbij ik de trap oploop die naar de eerste verdieping leidt. Een deur staat open. Ik ga in de deuropening staan en zie hoe Bart op het punt staat om Taïs te penetreren. Zij zijn beiden naakt. Ik zeg: ‘Bart, ik bel wel een taxi.’ Het heeft weinig zin om ook iets tegen Taïs te zeggen, en ik ga weer naar beneden. Een telefoon, een draadloze, vind ik ten slotte in de keuken, waar – ik zie nu – een glas staat met een bodem gin erin en ernaast zowel een fles gin als een fles

tonic. De dop van een der flessen ligt op de grond. Ik raap 'm op en leg 'm op het aanrecht. Tevens sluit ik de koelkast, die openstond. Ik trek me er niks van aan of het lichtje in de koelkast wel of niet blijft branden nadat ik die dichtgedaan heb. Ineens voel ik dat ik van die manie af ben. Ik neem me voor om mij, ook thuis, nooit meer zorgen te maken over lichtjes in koelkasten. Ik ben heel blij met dit voornemen. Bijna gelukkig bel ik een taxi.

Ik verlaat het huis van Bart en Evelien en wacht op straat op de taxi. Die komt, en ik ga op de achterbank zitten. 'Leeuwstraat nummer honderdtweeëndertig,' zeg ik tegen de chauffeur, die een onopvallende man is. 'Oké,' zegt hij.

Hij brengt mij naar de Leeuwstraat nummer honderdtweeëndertig. Ik betaal de chauffeur, geef een fooi van vijftig frank, neger zijn dankwoord en stap uit.

In mijn huis eet ik drie stukken van drie verschillende soorten kaas. Ik drink er een gin-tonic bij.

Ongeveer een uur lang staar ik naar een geopende doos bevroren as. Ik kan me er niks bij voorstellen. Ik wil het, maar het lukt niet. Verder dan: *Dit is een klomp bevroren as* kom ik niet.

Nadat ik de doos as weer heb weggeborgen in het vriesvak van de koelkast, vervang ik de cd *Monster* door de cd *Paris 1919* van John Cale en ga ik op de vloer liggen, op mijn rug. Ik kijk naar het witgeschilderde plafond. Ik denk aan mijn moeder en hoe zij op een keer zei, toen ik nog klein was: 'Als het morgen sneeuwt mag jij in de sneeuw spelen.' Ik vroeg haar: 'En als het níet sneeuwt, mama?' Mijn moeder zei: 'Dan ook.'

Ik lig op de vloer, in mijn huis, te huilen.

